

## LA VICISITUD UNIVERSAL EN EL UNIVERSO INFINITO DE GIORDANO BRUNO

*Sumario:* Este trabajo pretende demostrar que, en la filosofía de Bruno, la vicisitud universal es la explicación metafísica del devenir cósmico y su constitutiva movilidad. La materia infinita del universo es una unidad vital al amparo de la ley de la mutación cíclica, cuya consecuencia ineludible es la armonía de los contrarios. El destino del hombre es hallar la verdad subyacente en el ritmo vicisitudinario de lo real, y para ello deberá alcanzar la sabiduría y trascenderla por el amor heroico.

*Palabras clave:* unidad inmóvil cósmica y divina, unidades móviles, vicisitud universal, principio de conservación vital, unidad de los contrarios, sabiduría, amor heroico.

### *THE UNIVERSAL VICISSITUDE IN THE INFINITE WORLD OF GIORDANO BRUNO*

*Abstract:* This paper intends to demonstrate that, in Bruno's philosophy, the universal vicissitude is the metaphysics' explanation of cosmic becoming and their constituent mobility. The infinite matter of the universe is a vital unity according to the law of cyclical mutation, which unavoidable consequence is the opposite harmony. Man's fate is to find the truth underlying in the vicissitude rhythm of the reality, and for this he will have to reach wisdom and to go beyond it through the heroic love.

*Key words:* cosmic and divine immobile unity, mobile unities, universal vicissitude, principle of vital conservation, opposite harmony, wisdom, heroic love.

En la filosofía de Bruno, una de las dimensiones que vertebran la relación del universo infinito inmóvil con la pluralidad móvil es el cambio entendido como vicisitud universal. La mutación vicisitudinaria de cada cosa explica la ontología de la materia infinita que se halla vinculada a la transitoriedad de todo destino y composición. En el discurso cosmológico y ontológico se establece un vínculo entre Dios, el universo y el hombre. La filosofía de la unidad, inmutabilidad y eternidad dialoga con la filosofía de la multiplicidad, mutabilidad y temporalidad. Las cosas materiales (mundos, hombres y animales) se generan y destruyen en un movimiento eterno de vicisitud universal, constituyendo la materia infinita, la unidad del universo infinito que permanece siempre inmutable.

## 1. LA VICISITUD DEL ENTE FINITO EN LA SUBSTANCIA INFINITA.

El universo es necesariamente infinito porque su potencia pasiva y la de Dios se identifican y ambas coinciden con la potencia activa de la divinidad. El hacer y el ser hecho son lo mismo en Dios, y en virtud de ello la infinitud del universo es necesaria, aunque éste esté constituido por partes finitas. Desde el punto de vista del espacio, el universo es infinito en acto, pero es finito por la realización de su actualidad en la materia. Es imposible que la potencia infinita divina se limite a sí misma, de suerte que se identifica con la potencia pasiva de la materia. En Dios, la indistinción de poder y ser, potencia y acto, poder hacer y poder ser hecho es absoluta. La posibilidad absoluta pertenece a la esencia de la divinidad, de la que deriva su explicación infinita. Lo finito y lo infinito son unidad por la infinitud actual del universo físico y, a su vez, son diferencia por la infinitud contracta que constituye el devenir en el cosmos. La contracción universal se identifica con la acción perfectísima de la potencia máxima e infinita de Dios y es su manifestación necesaria. El significado de esta operación divina es cósmico, y el hombre debe actualizar en sí mismo la potencia infinita del cosmos. Desde el punto de vista ontológico, la coincidencia de acto y potencia en Dios se realiza en cada cosa que integra el universo, y todo ser se constituye en la divinidad. La explicación divina y la cósmica no se distinguen en los entes singulares. La infinitud absoluta de la divinidad posibilita su alteridad en relación con el universo, y la infinitud de éste se vincula a Dios que no se puede concebir separado de su supremo efecto.

La indistinción de acto y potencia es intrínseca a la naturaleza divina, y la garantía de la actualidad de todas las cosas sensibles, propia de la unidad absoluta y cósmica, es la materia dotada del carácter infinito de la divinidad. La materia participa de la perfección divina y es su contracción ilimitada. La identidad entre la potencia suprema del universo y la posibilidad absoluta de la materia fundamentan la infinitud del cosmos, que presupone la coincidencia de acto y potencia como explicación universal de lo divino. El grado de participación de las cosas compuestas es diverso y de acuerdo con el acto y potencia de los grados de explicación vital de la divinidad.

La materia como sujeto es potencia pasiva, potencia activa y acto, que contiene tanto lo incorporeal (en la unidad de acto y potencia) como lo corporal (en la multiplicidad de acto y potencia). La forma divina, infinita y radicalmente absoluta, es génesis de la forma cósmica o alma del universo y de la pluralidad de formas. Esta forma cósmica es el principio vital del universo, idéntica en cualquiera de sus partes, causa eficiente y principio formal de las formas materiales o sus efectos vitales, multiplicada en innumerables individuos. Las formas materiales son la materia contracta, y son temporales, mutables, se hallan en transforma-

ción permanente y en constante movimiento, están sometidas al devenir y a la diferencia, son la materia explicada constituida en la pluralidad (unidad móvil cósmica), y están en potencia respecto a la materia infinita que es perfecta y eterna. Ésta es intemporal, pura, indivisa, acto, forma, suma unidad, infinita posibilidad, abarca todo lo que puede ser, y se halla en la totalidad del universo. Es la materia propia del cosmos y de los cuerpos cósmicos, materia en la que potencia y acto son absolutamente lo mismo, por lo que actualiza las formas y no viceversa, se encuentra multiplicada en infinitas formas, y es génesis de todo, de todas las formas y de todos los actos, ya que genera la pluralidad formal intrínsecamente, siendo, a su vez, el principio de conservación de toda forma y acto material. Tanto la forma universal como la materia infinita rigen la vicisitud del universo y se determinan mutuamente, y materia, forma y potencia se comprenden en la unidad vital infinita. Vicisitud y unidad concurren constantemente en el universo, de suerte que hay un devenir armónico en la vitalidad cósmica: tan pronto cesa una forma material como inmediatamente se genera otra. La vida o forma deja de ser en la materia infinita sólo temporalmente, por lo cual la estabilidad del universo queda garantizada en la alternancia universal. En el caso de los planetas y las estrellas, debido a que son infinitos, tienen la capacidad no sólo de diluirse sino también de generarse constantemente. Nos hallamos ante una vicisitud cíclica, universal e infinita que fundamenta la eternidad y perfección del universo.

El universo en cuanto que unidad inmóvil no sufre cambio alguno, sin embargo, en cuanto unidad móvil es susceptible de alteración<sup>1</sup>. El universo es, por una parte, constante vicisitud, constante cambio y, en virtud de ello, puede liberarse de lo malo y acoger lo bueno<sup>2</sup>; por otra parte, a través del espacio infi-

1 Cfr. G. Bruno, *De imaginum compositione*, en Jordani Bruni Nolani, *Opera latine conscripta*, publicis sumptibus edita, recensebat F. Fiorentino [F. Tocco, H. Vitelli, V. Imbriani, C.M. Tallarigo], Neapoli, apud Domenico Morano [Florentiae, typis successorum Le Monnier], MDCCCLXXXIX-XCI, 3 vols. en 8 partes (reimpresión en facsímil, Friedrich Fromman Verlag Gunther Holzboog, Stuttgart – bad Cannstatt, 1962), II, 3, liber III, p. 291.

2 Cfr. G. Bruno, *De l'infinito, universo e mondi*, en *Dialoghi italiani. I. Dialoghi metafisici. II. Dialoghi morali*, nuovamente ristampati con note di Giovanni Gentile, terza edizione a cura di Giovanni Aquilecchia, Firenze, Sansoni, 1958 (seconda ristampa, 1985), p. 360: "E perché tutti soggiacemo ad ottimo efficiente, non doviamo credere, stimare e sperare altro, eccetto che come tutto è da buono; cossí tutto è buono, per buono ed a buono; da bene, per bene, a bene". ["Y, puesto que todos subyacemos en el óptimo eficiente, no debemos creer, estimar y esperar otra cosa excepto que, como todo procede de lo bueno, todo es bueno, por lo bueno y hacia lo bueno; del bien, por el bien y hacia el bien"]. Cfr. la traducción de Ángel J. Cappelletti ed. *Sobre el infinito universo y los mundos*, Orbis, Barcelona, 1984, p. 57. Las traducciones del italiano y del latín al español que aparecen en este artículo, he decidido realizarlas personalmente de las ediciones de los *Dialoghi italiani* y de la *Opera latine conscripta*, aunque teniendo presente las traducciones del italiano al español (Ángel J. Cappelletti, *op. cit.*; Ignacio Gómez de Liaño, ed. *Expulsión de la bestia triunfante y De los heroicos furios*, Alfaguara, Madrid, 1987; *Mundo, magia, memoria*, 2ª. ed., Taurus, Madrid, 1982; Ernesto Schettino M., ed. *La Cena de las Cenizas*, Swan, Madrid, 1984). En el caso del libro de Gómez de Liaño, *Mundo, magia, memoria*, se trata de traducciones de capítulos y de fragmentos

nito y de la infinita transformación, es identidad y unidad. Las leyes del universo están inscritas en el hombre, y de ahí que podamos llegar a comprender la vicisitud infinita en el universo: aquí y allí, nosotros y los otros habitantes de otras tierras, nuestro centro solar y otros centros solares, toda la realidad cósmica es un devenir y alternancia incesantes que se fundamenta en la unidad absoluta e inmutable. En el universo todo se mueve a través del espacio infinito, cambiando de imagen, de semblante, pero sin fallecer<sup>3</sup>. En el ser infinito del universo, la pluralidad de determinaciones acontece sucesivamente, manifestando su movimiento al ser comparadas entre sí, transmutándose no hacia otro ser sino hacia otros modos de ser. La unidad de todas las cosas se establece por la vicisitud universal. La infinitud de Dios se manifiesta necesariamente en un universo infinito, y la infinita causa indivisa se expresa en cada una de las partes pasajeras del ser infinito cósmico.

En el universo no existe la muerte sino la vicisitud. Al igual que el alma está completamente y del mismo modo en todo el cuerpo humano, el alma del mundo se halla sin distinción en todo el universo; lo que ocurre es que la acción de ambas se adecua a la exigencia vital de la materia correspondiente (bien sea el corazón humano bien sea un cuerpo celeste). Los actos del alma son necesariamente diferentes, ya que es evidente que las cosas cambian, pero el principio activo, el alma de cualquier cuerpo o del universo, es siempre idéntico, su estar es uniforme y sin discriminación: cualquier punto del cosmos es digno de energía y vida<sup>4</sup>. Este es el fundamento de todos los principios: el principio vital cósmico que posibilita el equilibrio del universo. Un alma única e infinita vivifica una materia única e infinita. En el interior de su composición, lo que perece se transforma y se produce un nuevo punto de energía que se halla encadenado al gigantesco organismo vital del alma del universo. La vida de cualquier cuerpo no sólo es particular, sino que también pertenece al ámbito universal del cosmos, porque la energía vital no se recluye de forma exclusiva en un determinado cuerpo, sino que se halla en permanente difusión y libre tránsito material<sup>5</sup>.

de algunas obras italianas y latinas de Bruno. Por otra parte, es de gran interés la edición crítica de Giovanni Aquilecchia (*Opere italiane*) y de Rita Sturlese (*Opere latine*) de algunas obras latinas de Bruno, en *Les oeuvres complètes*, Les Belles Lettres, París, 1993, aunque no interfiere en los textos en italiano y en latín que aparecen a lo largo de estas páginas.

Para una visión general y completa de la bibliografía sobre Bruno, véase Michele Ciliberto, *Introduzione a Bruno*, 4ª. ed., Editori Laterza, Roma-Bari, 2000, pp. 167-200; Rita Sturlese, *Bibliografia, censimento e storia delle antiche stampe di Giordano Bruno*, Leo S. Olschki Editore, Città di Castello, 1987.

3 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, pp. 359-360. Respecto a la relación del hombre con el constante cambio cósmico, véase I. Gómez de Liaño, *Mundo, magia, memoria*, cit., p. 130, nota 2.

4 Cfr. G. Bruno, *De magia*, en Jordani Bruni Nolani, *Opera latine conscripta*, cit., III, pp. 406-407.

5 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, pp. 408-411.

Unos espíritus habitan los cuerpos humanos, otros los de otros animales, otros las plantas, otros las piedras y minerales y nada hay completamente abandonado sin espíritu e intelecto, y nunca el espíritu se procuró un asiento eterno destinado para él, sino que la materia fluctúa entre uno y otro espíritu, naturaleza o composición, o bien el espíritu fluctúa entre una y otra materia; y esto es la alteración, la mutación, la pasión y, por último, la corrupción, a saber, la separación de ciertas partes y a partir de ciertas partes y la composición de ciertas partes con ciertas partes; pues la muerte no es más que la disolución. Sin embargo, ni ningún espíritu ni ningún cuerpo muere, sino que la mutación de actos y uniones es continua<sup>6</sup>.

Tanto la substancia corporal como la incorporeal son eternas. Por una parte, y desde el punto de vista de la disolución y de la composición, la substancia incorporeal es absolutamente inmutable, puesto que la muerte consiste en la separación de las partes materiales que anteriormente estaban unidas formando un compuesto, y lo incorporeal no se relaciona con la composición de los cuerpos o unión de una parte material con otra parte material, sino que se vincula a lo corporal como principio eficiente vital y formativo. Por otra parte, lo corporal es generable en la rarefacción y condensación y en el orden de las formas y de las figuras. La composición, forma, estructura y ser de lo corporal, cambian, se disuelven, mientras que la materia infinita, como principio eterno e ingenerable, persiste en lo que son substancialmente los elementos, y en sus átomos o puntos vitales<sup>7</sup>. Tanto la materia corporal como la espiritual son dos aspectos de la materia infinita y homogénea, de la que emana toda la realidad de acuerdo con el movimiento infinito de la vicisitud. Esta materia infinita es la substancia eterna y única bajo la que acontecen infinitos accidentes que son transitorios al amparo de la alternancia vicisitudinaria.

La relación de subsistencia entre lo corporal y lo incorporeal es recíproca; lo incorpóreo, en tanto que principio vital, otorga a lo corpóreo sus formas y constituciones correspondientes. En último término, ni el cuerpo ni el alma deben temer la muerte, ya que ésta se considera como mero tránsito. De modo intrínseco y propio, la naturaleza es incorruptible, simple y eterna, y no se disuelve: “la naturaleza se complace en esta circulación vicisitudinaria que se ve en el vér-

6 G. Bruno, *op. cit.*, pp. 429-430: “Alii spiritus humana, alii aliorum animalium incolunt corpora, alii plantas, alii lapides et mineralia, et omnino nihil est spiritu destitutum et intellectu, et nusquam spiritus aeternam sedem sibi destinatam comparavit, sed fluctuat materia de uno in alium spiritum et naturam seu compositionem, fluctuat spiritus de una in aliam materiam; et hoc est alteratio, mutatio, passio et tandem corruptio, nempe partium certarum et a certis partibus segregatio et cum certis compositio; nam mors aliud non est praeterquam dissolutio. Atqui neque spiritus ullus neque corpus ullum interit, sed complexionum tantum et actuum mutatio est continua”. Cfr. la traducción de I. Gómez de Liaño en *op. cit.*, pp. 251-252.

7 Cfr. G. Bruno, *Spaccio de la bestia trionfante*, en *Dialoghi italiani. I. Dialoghi metafisici. II. Dialoghi morali*, cit., pp. 556-558.

tigo de su rueda”<sup>8</sup>. La materia infinita, unidad vital permanente, es eterna y es forma universal. Pero la materia finita y múltiple, que se halla en la pluralidad de seres particulares, es también animada (el alma del universo está en el todo y en cada una de sus partes, vivificando sin interrupción), y es mutable en el sentido de que los átomos que constituyen un ser determinado se disgregan para agregarse a nuevos átomos. Se trata de una muerte relativa o tránsito de distintos átomos. Ni específica ni genéricamente puede afirmarse que el átomo, substancia mínima de los cuerpos, esté sometido a la muerte. Toda realidad desea conservarse en su propio ser, y las cosas no mueren sino que cambian<sup>9</sup>.

(...) cuando vemos alguna cosa que se dice morir, no debemos tanto creer que muere, cuanto que cambia, y cesa la accidental composición y concordia, quedando las cosas que incurrn en aquella siempre inmortales: más aquellas que son denominadas espirituales, que las que son llamadas corporales y materiales,...<sup>10</sup>.

Desaparece la armonía accidental y permanece la esencia constitutiva. Únicamente se afirma la disolución de las cosas, una especie de desvinculación vital, que es pasajera pero no esencial y cuya finalidad es la de mantener el equilibrio en la vicisitud del cosmos. La apreciación de que toda la realidad se halla sujeta a un continuo cambio converge en el perenne renacimiento de todo cuanto existe. La filosofía de Bruno transforma todos los aspectos y fundamentos de la realidad. Utiliza un lenguaje vital que explica su rechazo a la quietud y su concepción de la realidad como un todo vivo y animado, cuyo inagotable movimiento es el de la vicisitud de todas las cosas: piedras, bestias, hombres y mundos. El ritmo incesante de la vicisitud evidencia la realidad constitutiva y temporal del universo, su devenir circular hacia la vida y la muerte de acuerdo con la ley inexorable del tiempo, que genera y nutre todo lo que disgrega. La vicisitud, la acción del tiempo, rige y posibilita la estructura vital y el movimiento de innumerables mundos, átomos y hombres, con el fin de garantizar la vida y producción infinita de la

8 G. Bruno, *De gli eroici furori*, en *Dialoghi italiani. I. Dialoghi metafisici. II. Dialoghi morali*, cit., p. 1029: “la natura compiacersi in questa vicissitudinale circolazione che si vede ne la vertigine de la sua rota”. Cfr. la traducción de I. Gómez de Liaño en *Expulsión de la bestia triunfante y De los heroicos furores*, cit., p. 352.

9 Cfr. G. Bruno, *De magia*, cit., III, p. 416; *De triplici minimo et mensura*, en Jordani Bruni Nolani, *Opera latine conscripta*, cit., I, 3, liber I, p. 142; liber II, p. 211; G. Gentile, *Giordano Bruno e il pensiero del rinascimento*, con una Introduzione di E. Garin, *Le lettere*, Firenze, 1991, pp. 136-137.

10 G. Bruno, *La Cena de le Ceneri*, en *Dialoghi italiani. I. Dialoghi metafisici. II. Dialoghi morali*, cit., pp. 110-111: “(...) quando veggiamo alcuna cosa che se dice morire, non doviamo tanto credere quella morire, quanto che la si muta, e cessa quella accidentale composizione e concordia, rimanendono le cose che quella incorreno, sempre immortali: piú quelle, che son dette spirituali, che quelle dette corporali e materiali,...”. Cfr. la traducción de E. Schettino M. en *op. cit.*, p. 97.

materia universal y eterna, en virtud de lo cual la substancia es siempre la “misma y una”. Sin la vicisitud, en el universo habría muerte y no cambio y transformación. Toda substancia es eterna y sólo debemos temer la disolución del compuesto que es necesaria para el destino de la mutación. Este temor puede dominarse por la fuerza del conocimiento filosófico, porque en la disolución del compuesto sólo se pierde la unión de elementos, pero éstos no se anulan.

La unidad cósmica infinita e inmóvil todo lo contiene y no sufre la pluralidad de seres ni implica cambio alguno, es todo lo que puede ser, y en ella hay coincidencia plena entre potencia y acto. Para Bruno<sup>11</sup>, el significado verdadero del ser eterno e infinito es la unidad, y el universo como unidad derivada se caracteriza, fundamentalmente, por su indistinción. El universo es todo en todo y en todo lugar, y las partes en el universo infinito (no *del* universo infinito) son seres y substancias por y en la unidad, por y en el ser uno e indistinto, son modos y formas de ser en el ser uno y absoluto. Bruno<sup>12</sup> recoge la idea de Anaxágoras según la cual todo está en todo, *omnia in omnibus*, todas las cosas son o están en todas las cosas y, como todo está en todo, se puede hacer todo de todo. Esta idea de Anaxágoras, Bruno la proyecta al alma del universo, idéntica y plena por todas partes, que puede generar un ser en cualquier espacio y tiempo. Este planteamiento desemboca en la semejanza universal, por la que todos los seres se refieren entre sí, y en la generación espontánea, porque la naturaleza puede hacer todo desde todo, hallándose todo en todo<sup>13</sup>. Bajo el principio de uno en todo y todo en uno, se entiende que el uno es divino, es todo, pero no Dios en sentido estricto, ya que lo absoluto es infinitamente trascendente e infinitamente inmanente; y la contemplación de la absoluta unidad inmanente, de la infinitud divina en el cosmos, es propia de la investigación filosófica por la razón natural o humana, pero el descubrimiento del Dios trascendente o principio sobrenatural es propio de la teología mediante la fe. De este modo, el plantea-

11 G. Bruno, *De la causa, principio e uno*, en *Dialoghi italiani. I. Dialoghi metafisici. II. Dialoghi morali*, cit., pp. 320 y 322-328.

12 G. Bruno, *Lampas triginta statuarum*, en Jordani Bruni Nolani, *Opera latine conscripta*, cit., III, pp. 42 y 94-95; *De gli eroici furori*, cit., p. 934; *De la causa, principio e uno*, cit., pp. 242-243; *Sigillus sigillorum*, en Jordani Bruni Nolani, *Opera latine conscripta*, cit., II, 2, p. 196; Nicolai de Cusa, *De docta ignorantia*, edidit Paulus Wilpert, in Aedibus Felicis Meiner, Hamburgi, 1966, liber II, cap. V, pp. 36 y 38. Respecto a Anaxágoras, cfr. G.S. Kirk y J.E. Raven, *Los filósofos presocráticos*, Gredos, Madrid, 1974, pp. 522-526. Acerca de la diferencia entre el planteamiento de Anaxágoras y el de Bruno, cfr. A. Guzzo, ed. *De la causa, principio e uno*, Mursia, Milano, 1985, p. 110, nota 150. Por lo que se refiere a la relación entre el alma del universo y el principio *omnia in omnibus*, véase L. Spruit, *Il problema della conoscenza in Giordano Bruno*, Bibliopolis, Napoli, 1988, p. 144.

13 Cfr. G. Bruno, *De l'infinito, universo e mondi*, cit., p. 534. Bruno (*Spaccio de la bestia trionfante*, cit., p. 799), considera que los cataclismos del ciclo vital son capaces de eliminar la memoria histórica.

miento del Dios transcendente se halla en armonía con un modelo racional y especulativo. La infinitud del universo se sustenta en una correcta concepción filosófica de la divinidad. La producción y vicisitud infinita de mundos innumerables es necesaria, conveniente y útil para la unidad divina y cósmica. Se trata de la infinitud inmanente y universal en la que cada grado de identificación de la realidad realizado en la mismidad, no puede ser aceptado como definitivo, sino que nos abre a otra fusión, y así hasta el infinito.

Estrictamente hablando, y desde el punto de vista de la unidad cósmica infinita, no puede afirmarse la existencia de multiplicidad de seres, puesto que en la unidad cósmica, el acto es uno y constituye un único ser simple e indiviso. Desde la óptica del ser y de los modos de ser, el universo incluye todo ser y posee totalmente el ser y todo modo de ser; en el universo, por ser infinito, está toda la posibilidad de ser. Por su parte, las cosas en el universo tienen el ser, pero no lo tienen totalmente, y no comprenden todos los modos de ser sino que tienden a otros modos y formas de ser limitados, porque los seres finitos, en acto, no admiten todas las formas y particularidades posibles: más allá de lo finito, siempre hay infinitos seres. La materia individual no cambia de ser sino de modo de ser. En el universo, cada cosa posee en sí todo el ser infinito, y no cambia para adquirir más ser sino otro modo de ser. El universo, como unidad cósmica y derivada, y por ser inmutable, no sólo tiene en sí todo el ser infinito sino también todos los infinitos modos específicos e individuales de ser.

Cada cosa posee un solo modo de ser que el universo abraza en su ser infinito y al amparo de la vicisitud universal.

Toda producción, del tipo que sea, es una alteración, permaneciendo siempre la misma substancia; porque no hay más que una, un ente divino e inmortal. (...) Así tenéis cómo son todas las cosas en el universo y el universo es en todas las cosas; nosotros en él y él en nosotros; de suerte que todo concurre en una perfecta unidad. De ahí cómo no debemos afligir el espíritu; de ahí cómo nada hay por lo que debemos aturdirnos. Porque esta unidad es única y estable y siempre permanece; este uno es eterno; todo aspecto, todo semblante, toda otra cosa es vanidad, es como nada, e incluso nada es todo lo que es fuera de este uno<sup>14</sup>.

14 G. Bruno, *De la causa, principio e uno*, cit., p. 324: "Ogni produzione, di qualsivoglia sorte che la sia, è una alterazione, rimanendo la sostanza sempre medesima; perché non è che una, un ente divino, immortale. (...) Avete dunque come tutte le cose sono ne l'universo, e l'universo è in tutte le cose; noi in quello, quello in noi; e così tutto concorre in una perfetta unità. Ecco come non doviamo travagliarci il spirito, ecco come cosa non è, per cui sgomentarne doviamo. Perché questa unità e sola e stabile, e sempre rimane; questo uno è eterno; ogni volto, ogni faccia, ogni altra cosa è vanità, è come nulla, anzi è nulla tutto lo che è fuor di questo uno". Cfr. la traducción de I. Gómez de Liaño en *Mundo, magia, memoria*, cit., pp. 134-135. En la mayoría de las traducciones del italiano



Desde el punto de vista substancial, nada perece en ningún lugar; desde el punto de vista accidental y debido a diferentes tendencias, los cuerpos cambian hacia otra composición<sup>15</sup>. La unidad cósmica se manifiesta conforme a la multiplicidad de formas y modos, cuya gestación vital implica cambio y alteración, y cuya existencia es por la unidad cósmica: todo (incluido el hombre) es en el universo y el universo es en todo. La multiplicidad se presenta como mera apariencia frente a la identidad substancial y entitativa que es el universo. Éste es unidad inmóvil, infinita (en el espacio y en el tiempo), inalterable, omnipotente, inmutable.

Ahora bien, los cuerpos celestes ¿son realmente eternos?

(...) cuanto pertenece a los primeros cuerpos indivisibles, de los que originalmente está compuesto el todo, hay que creer que tienen por el inmenso espacio cierta vicisitud, con lo que influyen en otro lugar y de otro lugar fluyen. Y éstos, aún cuando por providencia divina, según el acto, no constituyan nuevos cuerpos ni disuelvan los antiguos, tienen por lo menos tal facultad. Porque verdaderamente los cuerpos mundanos son solubles; pero puede ser que por virtud intrínseca o extrínseca sean eternamente persistentes los mismos, por tener tanto influjo cuanto flujo de átomos, y que así perseveren los mismos en número, como nosotros, que de manera semejante en la substancia corporal, día a día, hora a hora, momento a momento, nos renovamos por la atracción y digestión que hacemos con todas las partes del cuerpo<sup>16</sup>.

La estructura originaria de la vida en el universo es la vicisitud, que se explica como un incesante ritmo de idénticos destinos. Los cuerpos cósmicos, simples e indivisos y génesis constitutiva del universo, sufren determinadas alteraciones y se mueven por el espacio infinito, cambian de lugar. En realidad, la vibración de los planetas que origina el movimiento, junto con la tensa relación vital que existe entre ellos, son las causas del cambio en general<sup>17</sup>. En este pro-

al español que aparecen en este artículo, *ogni* es traducido por *todo* en lugar de *cada*, porque la idea de totalidad que sugiere *todo* se halla más vinculada al concepto de unidad absoluta y cósmica que la idea de contingencia y particularidad subyacente en el término *cada*.

15 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, p. 179.

16 G. Bruno, *De l'infinito, universo e mondi*, cit., pp. 477-478: "(...) quanto appartiene alli primi corpi indivisibili, de quali originalmente è composto il tutto, è da credere che per l'immenso spacio hanno certa vicissitudine, con cui altrove influiscano ed affluiscono altronde. E questi, se pur per providenza divina, secondo l'atto, non costituiscano nuovi corpi e dissolvano gli antichi, almeno hanno tal facultà. Perché veramente gli corpi mondani sono dissolubili; ma può essere che o da virtù intrinseca o estrinseca sieno eternamente persistenti medesimi, per aver tale e tanto influxo, quale e quanto hanno efflusso di atomi; e cossì perseverino medesimi in numero, come noi, che nella sostanza corporale similmente, giorno per giorno, ora per ora, momento per momento, ne rinuoviamo per l'attrazione e digestione che facciamo da tutte le parti del corpo". Cfr. la traducción de Ángel J. Cappelletti en *op. cit.*, pp. 145-146.

17 Cfr. G. Bruno, *Spaccio de la bestia trionfante*, cit., p. 578.

ceso móvil, los cuerpos, en potencia, pueden disolverse y, a su vez, generarse en otros; sin embargo, en acto y por la unidad divina o absoluta, son eternos. Al igual que el universo como un todo, todos los astros, incluida la tierra, son ingenerables, incorruptibles e inalterables; son las partes que constituyen los astros (plantas, animales, etc.) las que son corruptibles<sup>18</sup>. Existe una relación recíproca entre el ingreso y el egreso de los átomos que conforma el equilibrio vital de estos gigantescos organismos que son las tierras y los soles. Si cualquiera de ellos dejara de ser, *ipso facto* sería sustituido por alguno semejante.

Las partes de estos cuerpos inmensos e innumerables pueden ser semejantes o diferentes entre sí. La vida de los diversos átomos, elementos de las cosas particulares de los cuerpos celestes, de acuerdo con una “especie finita y determinada”, depende de la cantidad de materia que los constituya, y sus alteraciones son según sea la magnitud de la acción que suscitará o bien la generación o bien la corrupción de las partes o átomos de los astros. Las partes son las que realmente se disgregan y diluyen; sin embargo, como son infinitas, constantemente se renuevan en su continua propagación y universal movilidad. Los mundos deben ser infinitos para la perfección y la conservación del universo, y cada uno de ellos es incorruptible en relación con sus partes, miembros y átomos o partículas<sup>19</sup>. El universo, la unidad natural como todo viviente, es eterno; son las partes del todo vital las que se alteran, cambian y renuevan. Esta unidad manifiesta la infinita fuerza de la potencia infinita propia de la unidad divina o absoluta, que rige con justicia la vicisitud dada en la unidad cósmica infinita y cuya voluntad se actualiza en la eternidad del todo viviente e infinito<sup>20</sup>. No sólo infinitas diferencias se entretejen en la unidad sino que nada regresa del mismo modo en la alternancia universal.

Por naturaleza, los cuerpos cambian, pero mantienen un equilibrio vital por el intercambio de partículas que se produce entre ellos. Partículas o átomos específicos de un cuerpo fluyen hacia otro, y partículas de éste fluyen hacia aquel. El cambio es el fluir y refluir constante de las cosas<sup>21</sup>. Hay una reciprocidad de átomos propios e impropios entre los distintos cuerpos, que permite, por la constante movilidad, una vivificante estabilidad generalizada. En un determinado cuerpo se producen una serie de mutaciones que se hacen patentes en los cambios de distribución, posición y proporción de los distintos átomos o partes que

18 Cfr. G. Bruno, *Camoeracensis acrotismus*, en Jordani Bruni Nolani, *Opera latine conscripta*, cit., I, 1, pp. 172 y 175.

19 Cfr. G. Bruno, *De immenso et innumerabilibus*, en Jordani Bruni Nolani, *Opera latine conscripta*, cit., I, 1, liber II, p. 271; *De l'infinito, universo e mondi*, cit., p. 534. Para Bruno (*op. cit.*, p. 361), del infinito procede una regeneración constante de materia.

20 Cfr. G. Bruno, *De immenso et innumerabilibus*, cit., I, 1, liber II, p. 274.

21 Cfr. G. Bruno, *De imaginum compositione*, cit., II, 3, liber III, p. 291.

lo constituyen. Estas partículas circulan por el espacio infinito ingresando y saliendo de los cuerpos según la ley cósmica del equilibrio vital<sup>22</sup>. De ahí que la vicisitud sea la causa de la eternidad de la tierra.

Por eso esta tierra, si es eterna y perpetua, no es tal por la consistencia de sus mismas partes y de sus mismos individuos, sino por la vicisitud de otros que difunde, y otros que les suceden en el lugar de aquellos; de modo que, con la misma alma e inteligencia, el cuerpo se va cambiando y renovando siempre, parte a parte<sup>23</sup>.

En el ámbito de la perpetuidad de tierras y soles, hay un proceso continuo de muerte y regeneración de las partículas o átomos pertenecientes a los cuerpos. Este proceso se legitima en la infinitud espacial y temporal de la unidad cósmica. En el universo, potencia y acto, materia y forma coinciden absolutamente: la totalidad es unidad. La unidad divina y la unidad cósmica, como potencia absoluta, son todo aquello que puede ser; sin embargo, las cosas naturales no poseen esa capacidad absoluta, lo cual justifica y explica la existencia de la imperfección y de la mortalidad<sup>24</sup>.

La vicisitud no sólo es propia de los fenómenos del universo, sino también de la realidad humana: una mayor entrada que salida de átomos causa la formación y el crecimiento de los cuerpos de animales y hombres. Cuando se emiten y remiten el mismo número de átomos, los cuerpos hallan su firmeza y estabilidad. Un cuerpo muere al introducirse en él una menor cantidad de partículas de las que realmente emergen; morimos porque lo impropio sustituye a lo propio<sup>25</sup>. Sin embargo, la vicisitud, el movimiento de los átomos, y la mutación de las partes de los cuerpos transcurren de modo cíclico e infinito en el universo: “tan pronto una cosa se mueve de un lugar como se encuentra en otro, y tan pronto es despojada de una disposición como es investida de otra, y tan pronto deja un ser como ya ha tomado otro”<sup>26</sup>. Hay un ir y venir constante de todas las cosas, un devenir cíclico subyacente en toda realidad. “Y nosotros mismos y nuestras cosas vamos y venimos, pasamos y volvemos, y no existe cosa nuestra que no se

22 Cfr. G. Bruno, *De l'infinito, universo e mondi*, cit., p. 412.

23 *Ibidem*: “Onde questa terra, se è eterna ed è perpetua, non è tale per la consistenza di sue medesime parti e di medesimi suoi individui, ma per la vicissitudine de altri che diffonde, ed altri che gli succedeno in luogo di quelli; in modo che, di medesima anima ed intelligenza, il corpo sempre si va a parte a parte cangiando e rinovando”. Cfr. la traducción de Ángel J. Cappelletti en *op. cit.*, p. 96.

24 Cfr. G. Bruno, *De la causa, principio e uno*, cit., p. 182.

25 Cfr. G. Bruno, *De l'infinito, universo e mondi*, cit., pp. 412-413.

26 G. Bruno, *op. cit.*, p. 413: “non si tosto una cosa è mossa da uno che si trove in un altro luogo, è spogliata di una che non sia investita di un'altra disposizione, e lasciato uno che non abbia preso un altro essere;...”. Cfr. la traducción de Ángel J. Cappelletti en *op. cit.*, p. 97.

haga ajena y cosa ajena que no se haga nuestra”<sup>27</sup>. El hombre es un ente finito entre los infinitos entes finitos de la vicisitud universal, en cuyo inagotable y libre movimiento se agregan y disgregan átomos para la constitución del ser de las cosas. Lo que hoy es bestia, mañana puede ser piedra. De suerte que, desde el punto de vista genérico y específico, el alma de bestias, hombres y cosas inanimadas no se diferencia en la materia infinita y única<sup>28</sup>. No se puede regresar del mismo modo a la vicisitud universal de los destinos individuales. Cada ente finito es irreplicable en el infinito universo. La transitoriedad de cada vida individual es única en la vida universal e infinita; pero en ésta, y desde la óptica ontológica, todos los destinos se igualan bajo la categoría de la vicisitud. Tanto por lo que se refiere a la materia corporal como a la espiritual, hombres y bestias son una sola cosa. En el ciclo vicisitudinario, la materia corpórea e incorpórea del hombre carece de cualquier privilegio en la producción inagotable de la materia infinita. En el ritmo de la vicisitud universal, la finitud entitativa del hombre forma parte de la realidad infinita y homogénea, sin prerrogativa alguna frente a los innumerales entes finitos. Todos los seres naturales (hombres, piedras, árboles,...) son una sola cosa, se hallan en el mismo plano ontológico, y su único destino es el ciclo del devenir vicisitudinario, la armonía infinita de vivir y transformarse que afecta de forma indiferente a todos los entes finitos, pero nunca a la materia infinita de las cosas variables. Toda la pluralidad material se determina en la estructura vital y en la fuerza unilateral de la irreductible unidad. La ontología de la materia infinita y su desarrollo en una concepción vitalista desvela entes finitos y transitorios sumergidos en la ineludible mutación vicisitudinaria. En el movimiento infinito de agregación y disgregación de las partes corporales, el nacimiento, tránsito y muerte de cualquier ente es irreplicable. Cada ente es único según la ley universal y eterna de la vicisitud.

Continuos cambios locales conducen a una vicisitud universal. La evasión e invasión de determinadas partes en la materia corporal es un movimiento finito

27 G. Bruno, *La Cena de le Ceneri*, cit., p. 155: “E noi medesmi e le cose nostre andiamo e vegnamo, passiamo e ritorniamo, e non è cosa nostra che non si faccia aliena e non è cosa aliena che non si faccia nostra”. Cfr. la traducción de E. Schettino M. en *op. cit.*, p. 125.

28 Cfr. G. Bruno, *Cabala del Cavallo Pegaseo*, en *Dialoghi italiani. I. Dialoghi metafisici. II. Dialoghi morali*, cit., p. 883. Para M. Ciliberto (*Umbrá profunda. Studi su Giordano Bruno*, Edizioni di Storia e letteratura, Roma, 1999, pp. 54-55, 182-186 y 223-225), en la concepción infinita de la realidad de Bruno, la primacía ontológica del hombre, el antropocentrismo propio del Renacimiento, carece de sentido. El hombre es un accidente finito entre los infinitos accidentes finitos, y esta accidentalidad y limitación del hombre es insuperable. Ciliberto mantiene la tesis de la desproporción entre ente y accidente, eternidad y tiempo, Dios y hombre, infinito y finito; en virtud de lo cual es imposible la identificación entre Dios y el hombre: ni Dios puede encarnarse (de ahí la oposición bruniana a la Encarnación) ni el hombre es capaz de “endiosarse”. El destino del hombre es la sombra, el espejo, el simulacro del primer principio. El horizonte del hombre es un infinito circuito umbrátil. La concepción del universo infinito potencia la idea bruniana sobre la accidentalidad del hombre y su estructural desproporción respecto de la primera y absoluta verdad.

que conlleva un cambio de situación y de disposición. Ahora bien, desde el punto de vista del espacio infinito o receptáculo del universo y de la estructura formal propia de la materia infinita, cualquier cuerpo finito presenta la posibilidad de un movimiento infinito<sup>29</sup>. La causa del movimiento local de la tierra es la necesidad de su regeneración y de su renovación, ya que si la tierra permaneciera en la misma disposición, entonces no podría ser imperecedera<sup>30</sup>. La movilidad posibilita la inmortalidad. Para Bruno<sup>31</sup>, lo que no puede perpetuarse según la variedad, se hace perpetuo según la especie, pero lo que no puede ser eterno desde la misma óptica, se hace eterno cambiando de aspecto. El hecho fundamental es que la materia es incorruptible y, en todas las partes que la integran, es el sustituto de todas las formas, para que la totalidad no sólo sea sino que también se constituya sucesiva y armónicamente en diferentes tiempos e instantes de eternidad, ya que la unidad temporal, el instante de eternidad, pertenece únicamente a la materia infinita del universo. Ésta tiene la capacidad de recibir todas las formas, pero cualquier parte material no presenta esa posibilidad y depende de la materia infinita que la integra.

(...) a esta masa entera, de la que consta este globo, este astro, no siendo conveniente la muerte y disolución, y siendo imposible la aniquilación para toda naturaleza, de tiempo en tiempo, con cierto orden, viene a renovarse, alterando y cambiando todas sus partes: lo que conviene que sea con cierta sucesión, cogiendo cada una el lugar de todas las otras; ya que de otra manera estos cuerpos, que son disolubles, quizá se disolverían actualmente, como nos ocurre a nosotros, animales particulares y menores<sup>32</sup>.

La eternidad de la materia terrestre es debida a la regeneración, mutación y movilidad constante del conjunto de sus partes corporales que, con armonía, van substituyéndose en el espacio, sin dejar lugar a la mortalidad efectiva.

29 Cfr. G. Bruno, *De l'infinito, universo e mondi*, cit., pp. 413-414.

30 Cfr. G. Bruno, *La Cena de le Ceneri*, cit., p. 154.

31 G. Bruno, *op. cit.*, pp. 154-155.

32 G. Bruno, *op. cit.*, p. 155: "(...) a questa massa intiera, della qual consta questo globo, questo astro, non essendo conveniente la morte e la dissoluzione, ed essendo a tutta natura impossibile l'annihilazione, a tempi a tempi, con certo ordine, viene a rinovarsi alterando, cangiando, le sue parti tutte: il che conviene che sia con certa successione, ognuna prendendo il loco de l'altre tutte; perchê altrimente questi corpi, che sono dissolubili, attualmente talvolta si dissolverebbono, come avviene a noi particolari e minori animali". Cfr. la traducción de E. Schettino M. en *op. cit.*, pp. 124-125. Bruno (*De rerum principiis, elementis et causis*, en Jordani Bruni Nolani, *Opera latine conscripta*, cit., III, p. 529) cree que es prácticamente imposible que la tierra pueda ser destruida por ignición. En sus poemas latinos (por ejemplo, *De immenso et innumerabilibus*, cit., I, 1, liber II, p. 272; I, 2, liber V, p. 126), afirma la probabilidad de la destrucción de los mundos y la incuestionable eternidad del universo; en todo caso, se repite el esquema del todo (universo) y las partes (mundos), planteado en su obra italiana desde la óptica de la tierra como todo y de los cuerpos que la constituyen como partes.

Cualquier parte situada en el centro de la tierra se restablece interna y externamente respecto a la circunferencia terrestre, puesto que lo exterior a la tierra acaba restituyéndose internamente. “Y esto nos lo demuestra la experiencia diaria; puesto que en el seno y las entrañas de la tierra se acogen unas cosas y de ellas otras cosas se mandan fuera”<sup>33</sup>. Este devenir constante de las partes hacia el centro del todo, este renacer permanente de cualquier punto vital, es lo que hace posible el sentido eterno de la unidad infinita en la que acontece la finitud móvil y mutable. Pero, ¿cuál es la causa fundamental de este movimiento local del todo y de las partes?

Y digo que la causa del movimiento local, tanto del todo entero cuanto de cada una de las partes, es el fin de las vicisitudes, no sólo para que todo se encuentre en todos los lugares, sino también para que con tal medio todo tenga todas las disposiciones y formas: por lo que dignísimamente el movimiento local ha sido estimado principio de cualquier mutación y forma; y que, eliminado éste, no puede ser ningún otro<sup>34</sup>.

El movimiento local es el principio de todos los cambios, las propiedades, las formas y las distribuciones de las partes de cualquier todo; la causa de este movimiento es “el fin de la vicisitud”, para que la totalidad y sus partes tengan la máxima disposición y ubicuidad.

El principio de vida infinita y universal (todas las cosas tienen alma y vida) del *De la causa*<sup>35</sup> lo hallamos en el *Spaccio*<sup>36</sup> y su afirmación tajante de *Deus in rebus*. En este diálogo, todos los constituyentes de la naturaleza son fuerzas animadas por la divinidad que se explica y expresa por inagotables modos que permiten al filósofo comunicarse con ella. La divinidad y la naturaleza ascienden y descienden por innumerables vías, siendo la variedad y la multiplicidad de formas –y no la igualdad y uniformidad– lo que caracteriza la naturaleza. El proceso de comunicación vital entre lo corpóreo y lo incorpóreo es inagotable, no conoce la muerte sino la mutación, ya que sólo muere la composición accidental, pero nunca la substancia infinita que ampara y preserva las incesantes transmutaciones de grandes y pequeños animales, de cualquier grado de realidad, cuyas par-

33 G. Bruno, *La Cena de le Ceneri*, cit., p. 155: “E questo l’esperienza d’ogni giorno ne’ dimostra; ché nel grembo e viscere della terra altre cose s’accoglieno, ed altre cose da quelle ne si mandan fuori”. Cfr. la traducción de E. Schettino M. en *op. cit.*, p. 125.

34 G. Bruno, *op. cit.*, p. 156: “E dico, che la causa del moto locale, tanto del tutto intiero quanto di ciascuna della parti, è il fine delle vicissitudine, non solo perché tutto si ritrove in tutti luoghi, ma ancora perché con tal mezzo tutto abbia tutte disposizioni e forme: per ciò che degnissimamente il moto locale è stato stimato principio d’ogni altra mutazione e forma; e che, tolto questo, non può essere alcun altro”. Cfr. la traducción *ibidem*.

35 Cfr., por ejemplo, G. Bruno, *De la causa, principio e uno*, cit., pp. 242-243.

36 Cfr., por ejemplo, G. Bruno, *Spaccio de la bestia trionfante*, cit., p. 781.

tes se agregan y disgregan sin fin y de acuerdo con un principio infinito vital que rige la armonía del nacimiento y de la muerte de todo lo que se mueve sin cesar en el universo. La visión de Bruno sobre el universo y la naturaleza es vital y animada (*Deus in rebus*), de suerte que su lenguaje ontológico es orgánico y biológico. De la vida a la muerte y viceversa. Todo el proceso vital de la realidad se unifica en el concepto de vicisitud que existe en virtud del incesante movimiento, y que es propio de cada cosa y en cada cosa. La estructura esencial de cada ser es la continua transmutación, la producción infinita de la materia infinita. En el universo, en la explicación de lo absoluto, la vida se funde y confunde con la mutación vicisitudinaria, sin la que se detendría y disgregaría.

En su producción infinita, mundos, hombres, animales, y las partes que los constituyen, expresan la armonía y concordia vital en su movimiento y transformación inagotables. Pero en esta vicisitud universal nada se repite, ya que la agregación y disgregación de partes y átomos generan nuevas realidades en virtud de un ritmo vital infinito y ajeno a la repetición: todo se transforma pero nada vuelve a ser lo mismo. De algún modo, subyace una tensión abismal en esta transitoriedad de la disposición y el destino de todo ser, incluido el hombre. Nada es lo que era y nada ostenta la primacía ontológica sobre nada, puesto que siendo una y la misma la materia infinita, hombres, animales y mundos no se distinguen desde el punto de vista de la materia corporal e incorporeal. En el ciclo inagotable de la vicisitud de agregación y disgregación de átomos y partes, no hay privilegio ontológico por parte de ninguna realidad, incluida la materia corpórea e incorpórea del hombre.

Por último, la unidad inmóvil y divina o causa positiva del universo no se halla sometida a ningún cambio ni a ninguna vicisitud, porque manifiesta la identidad genérica de potencia y acto. Esta unidad existe en su efecto infinito, el universo, como inmovilidad en la eternidad y por encima de todo movimiento, de toda mutación, de todo tiempo, de los que es su causa negativa, de suerte que en el instante de la eternidad produce las vicisitudes propias del devenir en el universo, pero no es ninguna de ellas, “porque la obra de la inteligencia no es operación de movimiento, sino de quietud”<sup>37</sup>. Bruno<sup>38</sup> refuta la idea de creación, del

37 G. Bruno, *De gli eroici furori*, cit., p. 964: “perché l’opra d’intelligenza non è operazione di moto, ma di quiete”. Cfr. la traducción de I. Gómez de Liaño en *La expulsión de la bestia triunfante y De los heroicos furores*, cit., 290-291.

38 G. Bruno, *De la causa, principio e uno*, cit., p. 324; *De l’infinito, universo e mondi*, cit., p. 361. Para Bruno (*Summa terminorum metaphysicorum*, en Jordani Bruni Nolani, *Opera latine conscripta*, cit., I, 4, p. 93), la producción del mundo de la nada es una cuestión de fe. Según M. Frigerio (*Invito al pensiero di Giordano Bruno*, Mursia, Milano, 1991, p. 152), como todo se transforma, el mundo no ha sido creado ni es eterno, sino que la “creación” es *ab aeterno*. La opinión de A. Guzzo (*Giordano Bruno*, Columba, Buenos Aires, 1967, p. 46) es que no se trata de creación sino de manifestación, “procesión fuera del tiempo del infinito círculo de los finitos desde un centro actualmente infinito...”.

eterno retorno, de la uniforme igualdad y repetición, mediante la mutación vicisitudinaria infinita, cuyo ritmo se expresa en la agregación y disgregación de átomos y de partes mínimas de los cuerpos, en un movimiento infinito de inagotables composiciones según la rueda infinita de las metamorfosis. *Natura est deus in rebus*: en esto consiste la dignidad y el poder infinito de la naturaleza. El hombre se comunica por el universo con la divinidad que está en todas las cosas. En la unidad del universo, las infinitas diferencias representan el proceso de comunicación entre la divinidad y las razones singulares de las cosas. Esto quiere decir que la complejidad infinita de las formas de comunicación de la divinidad se significa por la diferencia y no por lo coincidente y uniforme<sup>39</sup>. Pero no sólo lo absoluto se explica por las infinitas formas, sino que cada forma se somete a infinitas transmutaciones a través de las que nunca será idéntica a sí misma<sup>40</sup>. La estructura interna del universo manifiesta su cualidad de eterna movilidad y mutación de acuerdo con el principio de infinita transmutación que actúa en el ritmo inagotable de descenso y ascenso hacia lo absoluto. La naturaleza y el ser en el universo son ajenos a la quietud, al reposo y a la igualdad.

En definitiva, el universo es unidad y vicisitud simultáneamente. En el universo todo se mueve, deviene y alterna constantemente, pero en perfecta armonía, puesto que la vicisitud cósmica se fundamenta en la inmutabilidad de la unidad derivada de la unidad divina o absoluta estabilidad. El universo se manifiesta como un organismo infinito, en el que todo se transforma bajo la atenta mirada del principio vital cósmico (alma del mundo) y del principio material infinito, por los que la energía y las formas materiales nunca cesan, sino que cambian, se diluyen, se desvinculan sólo temporalmente de una forma vital de ser para adquirir, inmediatamente, otro modo de ser, y todo ello para garantizar el equilibrio cósmico. De alguna manera, lo mismo sucede con planetas y estrellas: presentan la posibilidad de diluirse y de generarse en otros astros, pero en acto son incorruptibles. Cuando no hay equilibrio entre la cantidad de materia que ingresa y la que emerge, se produce la corrupción de las partes de los mundos y éstos pueden disolverse; sin embargo, como tierras y soles son infinitos, tienen la capacidad de renovarse continuamente, por lo que si cualquiera de ellos dejara de existir, *ipso facto*, sería reemplazado por otro. La perfección del universo queda garantizada por la infinita vicisitud, por un devenir cíclico universal. De ahí la importancia del movimiento: todos los astros se mueven y constantemente se renuevan y regeneran; a través de la vicisitud universal se avala la inmortalidad de los cuerpos celestes, cuyo fundamento último es la materia y forma infinitas, propias de la unidad cósmica. En esta concepción filosófica del mundo, la ley de la mutación universal

39 De ahí que la perfección circular no exista en el universo sino en la mente de los geómetras.

40 Cfr. M. Ciliberto, *Introduzione a Bruno*, cit., pp. 106-107.



rige la disolución y agregación de los cuerpos y la unión provisional de los elementos, y explica la perfección y justicia en el ámbito de la naturaleza humana. El temor a la muerte es absurdo, puesto que hay una substancia infinita que ampara el devenir constante de todo. En este sentido, la contemplación filosófica conduce al hombre a la quietud y tranquilidad de ánimo.

## 2. LA VICISITUD UNIVERSAL DE LOS CONTRARIOS.

“(...) in unum contraria concurrant,...”<sup>41</sup>.

Bruno<sup>42</sup> considera que uno de los principios fundamentales de su filosofía es la coincidencia de los contrarios, y cultiva la unidad substancial de los opuestos al amparo de la unidad del todo, de la unidad absoluta. Para llegar a la unidad de la naturaleza infinita e indagar todos sus misterios, debemos conocer lo máximo y lo mínimo, los términos opuestos de las cosas finitas. La estructura de la realidad es la vicisitud, y el principio de ésta son los contrarios que explican la unidad cósmica como lo disperso y comunicado. Sin el nudo ineludible de la contrariedad no habría mutación vicisitudinaria. Tanto el movimiento como el cambio se rigen por elementos contrarios que son verdaderamente uno porque concurren en un único principio. La coincidencia de los contrarios se halla en la unidad substancial e indivisible de materia y forma, cuya identidad en la realidad manifiesta la participación de todas las cosas en la unidad. El principio de los contrarios define el universo porque en éste la movilidad y la animación son constantes. Los opuestos coinciden por ser puntos móviles que recorren el espacio infinito y que se encuentran entre sí originariamente. Las leyes de la mutación, de la constante vicisitud, son necesarias y rigen el universo en sus diferentes aspectos materiales, y así lo manifiesta el continuo hacerse y deshacerse de los átomos. Todo lo que existe en el cielo y en la tierra, en lo alto y lo bajo, evidencia la multiplicidad y la realidad continua de los opuestos que también gobierna la condición existencial y la búsqueda del placer del hombre. La vicisitud y la coincidencia de los opuestos convergen en el espacio infinito. Las leyes de la mutación dirigen y sustentan la vida de toda la materia eterna, de hombres, cosas y dioses<sup>43</sup>.

La unidad de los contrarios es consecuencia inevitable de la vicisitud universal. Infinitas oposiciones manifiestan la vicisitud en el universo, con arreglo a la

41 G. Bruno, *Lampas triginta statuarum*, cit., III, p. 156.

42 G. Bruno, *De gli eroici furori*, cit., pp. 1075 y 1087; *De la causa, principio e uno*, cit., p. 205; *De l'infinito, universo e mondi*, cit., pp. 525-526; *De triplici minimo et mensura*, cit., I, 3, liber II, p. 199; *Spaccio de la bestia trionfante*, cit., p. 573.

43 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, pp.571-572.

unidad de los contrarios en el primer principio o unidad divina e inmóvil que, en su infinita energía, incluye el destino del hombre y del universo, complica en sí misma todos los seres a través de la coincidencia y armonía de los opuestos. El universo está constituido por innumerables realidades móviles opuestas entre sí, cuya coincidencia y armonía queda garantizada por la conveniencia vital que dirige la inexorable vicisitud universal de los contrarios. Ésta posibilita la igualdad entre lo inferior y lo superior o la mutación de la noche en día, y todo ello para que la divinidad se halle en el universo y todo sea uno<sup>44</sup>. Todo lo que es y acontece se origina en la relación de oposición de los contrarios. Ningún estado es posible si no contiene su contrario. El movimiento constante de un contrario a otro es la causa de las modificaciones de la realidad y del hombre. La causa de los cambios y movimientos opuestos es la vicisitud universal, y sus determinaciones contrarias coexisten con el infinito absoluto. La unidad es el punto de coincidencia y la raíz común de los contrarios. Éstos son diferencias y grados de aquella.

Bruno desarrolla la coincidencia de los contrarios en la unidad absoluta con el fin de comprender el reflejo de lo real en la esfera del devenir de la unidad cósmica. Indistintamente, la divinidad se halla en cualquier parte del cosmos y su localización en cada ser individual se entiende por el vínculo indisoluble de transcendencia e inmanencia. La divinidad no se agota a sí misma en ninguno de los entes en los que su presencia es intrínseca y absoluta y su ausencia y alteridad es extrínseca e incondicional. Sobre el fondo de esta ausencia y presencia de la divinidad se encuentra la unidad cósmica de los contrarios, en la que se entrecruzan la unidad divina y la unidad cósmica. La realidad del universo es un continuo vital que permite el tránsito constante de un contrario a otro, y esta movilidad es unidad gracias a la unidad divina como su causa negativa. Los permanentes tránsitos entre los contrarios convergen en el primer principio inmóvil debido a que la unidad divina es causa positiva de la unidad cósmica, siendo la unidad móvil-inmóvil el primer principio de los contrarios. La unidad divina es principio y causa de la animación del universo que garantiza su vida y armonía; como principio móvil y vital, lo penetra todo, y por ser eternidad e inmovilidad absoluta, otorga persistencia y unidad a la totalidad de lo real<sup>45</sup>. En el ámbito ontológico, la coincidencia de los contrarios es no sólo en potencia sino también en acto, ya que las determinaciones opuestas se suprimen en la indeterminación del principio único<sup>46</sup>.

44 Cfr. G. Bruno, *De gli eroici furori*, cit., pp. 945 y 947.

45 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, p. 1045; *De triplici minimo et mensura*, cit., I, 3, liber I, p. 148.

46 En el ámbito lógico, las definiciones contrarias se adecuan a ambos contrarios. En la *Summa* (obra en la que define cincuenta y un conceptos de la metafísica tradicional), Bruno (*Summa terminorum metaphysicorum*, cit., I, 4, pp. 45-49 y 112-113) considera la oposición (*contrarietas*) y los opuestos (*opposita*) desde el punto de vista general y desde el punto de vista del

La vicisitud y el tiempo son temas esenciales en el *De la causa*<sup>47</sup>, que se relacionan con el problema de los contrarios y su coincidencia en el ritmo vicisitudinario. En este diálogo se muestra, desde el punto de vista ontológico, la identidad de la potencia infinita de la materia con la de la materia inteligible, el poder hacer con el poder ser hecho. En el ámbito del ser, el pensamiento de los contrarios conlleva su coincidencia y alumbra el contenido inefable de los divino y su relación con el universo que es la forma suprema de la explicación divina. La convergencia por excelencia de acto y potencia, materia y forma, es en todos los puntos del universo. La unidad de los contrarios es la esencia de la divinidad que es la causa infinita de un cosmos necesariamente infinito. La coincidencia de acto y potencia no sólo es en la unidad divina sino también en la unidad cósmica, siendo ésta la mediación entre el hombre y Dios. Universo y Dios no se diferencian porque el efecto no puede limitar la capacidad y actualidad de la causa absoluta. La infinitud espacial del universo expresa la participación y concurrencia de la divinidad en su efecto. La pura potencia y el puro acto coinciden en la unidad del universo y en la unidad divina, y la identidad y alteridad entre el cosmos y lo divino permite la intervención del hombre que puede aspirar al conocimiento de lo absoluto mediante su imagen cósmica. La distinción entre lo absoluto o complicado y lo comunicado o explicado se plantea como una estructura metafísica para entender la realidad de los contrarios como el origen de la producción universal de la materia infinita. Ésta es un reflejo de la unidad, y materia y unidad conviven en un espacio infinitamente vital que se rige por la ley de la alternancia de los contrarios. El concepto absoluto de materia infinita se conjuga con el valor y la plenitud que se concede a lo singular e individual, a lo particular y mínimo. El primer principio sobrenatural rige la realidad vital y animada por la armonía de los contrarios. El universo se constituye por la vicisitud de luz y tinieblas, de vida y transformación, de identidad y diversidad, que converge en unidad en virtud de la unidad divina como principio y causa de su animación. Hay identidad y armonía de opuestos porque todo contrario se encuentra originariamente en su correspondiente contrario. “En substancia y en raíz, una misma cosa es amor y odio, amistad y discordia”<sup>48</sup>. Los contrarios son una única realidad y les conviene

intelecto o de la idea. Respecto a la unidad de todas las cosas en el primer principio y a la verdad de los enunciados contradictorios en la unidad, cfr. *De la causa, principio e uno*, cit., p. 329. En relación con la lógica aristotélica, véase *Metafísica*, ed. Valentín García Yebra, Gredos, Madrid, 1970, 2 vols., libro V, cap. 10, 1018a-1018b, pp. 251-254. Según Augusto Guzzo (*op. cit.*, p. 20), Bruno no comulga con la cosmología, la física, la psicología, la ética y la metafísica aristotélicas, sin embargo, es un fiel seguidor de la lógica y de la retórica de Aristóteles; el rechazo del Aristóteles “doctrinal” es simultáneo a la defensa del Aristóteles “técnico”.

47 G. Bruno, *op. cit.*, p. 186; cfr., asimismo, *De l'infinito, universo e mondi*, cit., pp. 525-526.

48 G. Bruno, *De la causa, principio e uno*, cit., p. 339: “In sustanza dunque e radice, è una medesima cosa amore e odio, amicizia e lite”. Cfr. B. Levergeois, *Giordano Bruno*, Fayard, La Flè-

un único orden en el universo. Desde el punto de vista móvil, la variedad, lucha, alteración, generación, corrupción, definen el acontecer en el cosmos, pero desde el punto de vista inmóvil, la unidad del universo garantiza la indistinción de sus características móviles<sup>49</sup>.

Lo que es opuesto y contrario en los componentes del universo, en el primer principio es uno e idéntico, porque en él la pluralidad es concordia y armonía. Una es la naturaleza de los contrarios, ya que todo es unidad. Lo uno y lo múltiple son simultáneos en el cosmos, puesto que el espíritu del universo produce la concordia entre todas las cosas naturales, la armonía universal y la unidad monocorde de todo. En el universo se produce un ciclo vital que se rige por disposiciones contrarias: lo superior desciende a lo inferior y lo inferior asciende a lo superior, y ambos movimientos se generan para que exista armonía y perfección en toda la naturaleza. La unidad de los contrarios no implica su alteración, sino que por ella podemos contemplar la concordia de todos los componentes del universo<sup>50</sup>. Por el contrario, lo contrario; lo contrario, en lo contrario: así acontecen los cambios en el universo, y no por lo semejante en lo semejante. Los contrarios se repudian y, simultáneamente, convergen de forma sucesiva en un único sujeto o en una única situación. En los cuerpos, para que todo sea satisfactorio, tiene que haber vicisitud y pluralidad; el bienestar consiste en el movimiento que se produce entre un estado y otro, porque el tránsito participa de ambos. Por eso, hay tanto parentesco entre los contrarios, más incluso que entre los estados semejantes<sup>51</sup>.

Para comprender los secretos profundos del universo no es suficiente el estudio de la unidad de los contrarios ni el de los extremos opuestos de las cosas, sino que es necesario hallar el ser de un opuesto mediante la deducción de su correspondiente contrario. El movimiento de un contrario a otro es continuo, y la energía de la vicisitud universal es la que impone el cambio y la transformación; así, estando en el saber podemos esperar la ignorancia, estando en la luz debemos

che, 1995, p. 239. Bruno (*op. cit.*, p. 329) está de acuerdo con “la sentenza di Eraclito, che disse tutte le cose essere uno,...”. Cfr. Heráclito, *Razón común*, ed. A. García Calvo, en *Lecturas presocráticas II*, Lucina, Madrid, 1985, pp. 144, 138 y 177.

49 Cfr. G. Bruno, *De gli eroici furori*, cit., pp. 1080 y 1114; *De l'infinito, universo e mondi*, cit., p. 416; *La Cena de le Ceneri*, cit., p. 156; *Lampas triginta statuarum*, cit., III, p. 168.

50 Cfr. G. Bruno, *De gli eroici furori*, cit., pp. 947 y 1002; *De la causa, principio e uno*, cit., pp. 186, 285 y 318; *De magia mathematica*, en Jordani Bruni Nolani, *Opera latine conscripta*, cit., III, p. 497; *Libri physicorum Aristotelis explanati*, en Jordani Bruni Nolani, *Opera latine conscripta*, cit., III, p. 281.

51 Cfr. G. Bruno, *De l'infinito, universo e mondi*, cit., p. 472; *Spaccio de la bestia trionfante*, cit., pp. 571-572. Sobre la coincidencia y máxima separación de los contrarios en un mismo género, véase *De gli eroici furori*, cit., pp. 1130-1131. Dos contrarios de igual fuerza se anulan (*op. cit.*, p. 1134).

vaticinar las tinieblas. Deseamos un contrario por su mismo contrario, y si pudiéramos enunciar con certeza uno de los contrarios a través del otro, llegaríamos a la sabiduría, ya que el sabio considera el fin de un contrario como el principio de otro. La realidad no es un solo contrario en sí mismo sino que es el movimiento de contrario a contrario, la movilidad de determinaciones que dejan de ser tales en la indistinción del principio de los contrarios, que es inmutable a pesar de lo que deviene. Las oposiciones son verdaderas respecto al único principio de los contrarios, que es común a la oposición puesto que en él un contrario deviene constantemente en el otro<sup>52</sup>. Los contrarios convergen en un principio, no en las cosas particulares. En una misma substancia, lo bueno y lo malo, lo perfecto e imperfecto, se dan simultáneamente, son uno; pero desde el punto de vista accidental y temporal, la substancia es buena o mala, perfecta o imperfecta. En el caso del principio del calor y del frío, éste es unitario, simple y puro, no es ninguno de los hechos que lo poseen como principio, no es caliente ni frío, sino que es común tanto a lo caliente como a lo frío, en virtud de lo cual, los cambios son circulares, y un contrario es principio de su contrario. Así, el máximo de calor y el máximo de frío convergen en la oposición, y el mínimo de calor y el mínimo de frío concuerdan en lo mismo, y el máximo y el mínimo de calor y de frío, respectivamente, son todo uno por la sucesión de los cambios. Todas las formas pertenecientes a sujetos particulares diversos son compatibles con su inherencia a la unidad infinita como sujeto universal; así, por ejemplo, lo frío es en la nieve y lo caliente es en el fuego, pero frío y calor coexisten con la unidad cósmica<sup>53</sup>.

Infinitas substancias se hallan en una substancia única e infinita, y son una desde el punto de vista esencial, pero cambian, se mueven y transforman desde el punto de vista numérico. Se hallan en el número por las diferencias que se originan de los contrarios y, a su vez, éstos se reducen al primer principio que es el contrario primigenio, que actúa en el interior, en la composición de las distintas substancias, y mantiene unidos los contrarios con el fin de que haya armonía en la constitución del universo. De la indistinción del principio de los contrarios se generan las distinciones que, variando, se dirigen a la indistinción. En el movimiento de los contrarios hay coordinación, simpatía y concordancia, y en el primer principio, en la unidad divina, todo es indistinto<sup>54</sup>. De este modo, la reduc-

52 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, pp. 974, 976 y 1074-1075; A. Guzzo, ed. *De la causa, principio e uno*, cit., pp. 225-226, nota 66.

53 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, p. 1072; *De immenso et innumerabilibus*, cit., I, 1, liber II, p. 312; M. Frigerio, *op. cit.*, pp. 158-159, 165 y 168-171; I. Gómez de Liaño, *Mundo, magia, memoria*, cit., p. 148, nota 46; A. Guzzo, *op. cit.*, p. 216, nota 25. En el caso del principio de generación y corrupción, su definición es única como principio, pero la definición de generación es distinta de la definición de corrupción; véase *De la causa, principio e uno*, cit., pp. 337-339.

54 Cfr. G. Bruno, *Spaccio de la bestia trionfante*, cit., pp. 556-557; *Summa terminorum metaphysicorum*, cit., I, 4, pp. 83-84 y 117.

ción eleática de todo a unidad se armoniza con el sometimiento de todo al ritmo de los contrarios de Heráclito. La dialéctica de Bruno se manifiesta en un movimiento que va de Heráclito a Parménides, y su fin es la coincidencia de los opuestos del Cusano<sup>55</sup>, entendida como unidad vital infinita, en la que todo regresa y surge de la unidad eterna. En este movimiento infinito, los opuestos se dirigen a su identidad e indiferencia. El proceso dialéctico hacia la coincidencia de los contrarios transforma lo diverso en identidad, lo finito en infinito. El resultado no es la reducción de la realidad a unidad o a multiplicidad sino el vínculo de lo absoluto y lo explicado.

El universo es el lugar originario y constitutivo de la unidad, es el fundamento metafísico del proceso vital que se desarrolla a través de la vicisitud universal de tierras y soles, de almas humanas y animales, de hombres brutos y héroes, destinados todos a transformarse en la escala infinita de la realidad, en los modos y grados infinitos del ser. La armonía de los contrarios en cualquier sistema planetario manifiesta la unidad divina del universo infinito. En la dimensión cosmológica, el principio de los contrarios debe aplicarse a las estrellas y los planetas, porque ambos son de naturaleza animada. A pesar de que la unidad es un tema fundamental para Bruno, la pluralidad entendida como todo por la armonía de los contrarios es relevante en su filosofía, e incluso es capaz de explicar el comportamiento de los astros<sup>56</sup>.

Todos los mundos se hallan compuestos de los cuatro elementos, aunque en cada uno de ellos predominen cualidades activas distintas. En el espacio infinito o campo etéreo, todo se nutre y vive del éter puro, y en cada una de las innumerables regiones etéreas se hallan los mundos con una determinada distancia entre ellos para que su movimiento no permita ni el choque ni la destrucción de un contrario por otro contrario, sino que entre ambos se proporcionen vida y

55 Cfr. N. de Cusa, *De docta ignorantia*, cit., liber I, caps. XIX y XXII, pp. 72-78 y 88-92. Bruno se interesó por los modelos matemáticos del Libro I y el Libro II del *De docta ignorantia*. Sin embargo, Bruno y Cusa no tienen la misma concepción de la unidad, ya que para el Cusano la más alta conversión dialéctica acontece en Dios, y para Bruno Dios como unidad absoluta se identifica con la materia infinita que produce todo y con la naturaleza que da vida a todo cuanto existe. La filosofía de Cusa le ofrece a Bruno una concepción infinita del cosmos articulada por la coincidencia de los contrarios que le permite solucionar el problema de la relación entre lo humano y lo divino. Respecto a la relación de Bruno con el Cusano, véase N. Badaloni, *La filosofía di Giordano Bruno*, Parenti editore, Firenze, 1955, pp. 53, 71 y 74; M. Bartolomé Luises, "La unidad de los contrarios en N. de Cusa y en G. Bruno", en M. Álvarez Gómez y J. M. André, *Coincidencia de opuestos y concordia. Los caminos del pensamiento en Nicolás de Cusa*, Salamanca, 2002, pp. 203-215; A. Ingegno, *Cosmologia e filosofia nel pensiero di Giordano Bruno*, La Nuova Italia, Firenze, 1978, p. 97; *Regia pazzia. Bruno lettore di Calvino*, edizioni Quattroventi, Urbino, 1987, pp. 117-128. Por lo que se refiere a la dialéctica, cfr. M. Frigerio, *op. cit.*, pp. 147-149 y 153.

56 Cfr. M. de Gandillac, *Historia de la filosofía. La filosofía en el Renacimiento*, bajo la dirección de Yvon Belaval, Siglo XXI, Madrid, 1983, vol. V, p. 311.

energía<sup>57</sup>. Contrarios son los soles (fuegos) y las tierras (aguas), pero actúan conciliándose, respetan determinadas distancias entre sí y ello les permite moverse y vivir unos respecto de otros, de suerte que el universo es indistintamente caliente y frío. Los primeros principios contrarios activos y constantes son lo caliente y lo frío, y en virtud de ello, planetas y estrellas son adversarios entre sí, pero se concilian en la unidad vital<sup>58</sup>.

Debido a que la tierra es un animal, su cuerpo no es uniforme, sino que lo frío y lo caliente están en todas sus partes y repartidos de forma distinta. El movimiento que la tierra realiza respecto al sol es el necesario para que cada una de sus partes contrarias participe de la vida procedente de la luz solar. Ninguna de las partes de la tierra tiene por sí misma luz, porque nuestro planeta es frío y opaco y necesita del calor proveniente del sol candente y brillante, que participa del frío y de la oscuridad de la tierra. Los animales y los habitantes de los soles y de las tierras viven gracias a esta acción contraria y complementaria: nosotros vivimos gracias al calor de la luz del sol y los habitantes de los soles viven gracias al frío procedente de la tierra. La distancia que hay entre un contrario y otro contrario es la necesaria para que puedan actuar recíprocamente entre sí y uno viva por el otro y viceversa, de tal forma que haya una conversión mutua y entre ambos se dé la coincidencia y puedan estar en todo vinculados y armonizados<sup>59</sup>. La conjunción vital de los opuestos fundamenta la unidad del universo, y la uni-

57 Cfr. G. Bruno, *De l'infinito, universo e mondi*, cit., pp. 528-529. El éter impuro es el aire que se encuentra en la composición de cada parte del universo.

58 Cfr. G. Bruno, *De immenso et innumerabilibus*, cit., I, 1, liber II, pp. 278-279; *La Cena de le Ceneri*, cit., pp. 124-125. Véase, asimismo, G. Bruno, *De l'infinito, universo e mondi*, cit., p. 524: "(...) la distinzione, che facciamo di globi, de quali altri sono fuochi, come il sole, altri sono acqui, come la luna e terra, procede non da questo, che costano di semplice elemento, ma da quel, che quello predomina in tale composizione". ["(...) la distinción que hacemos de los globos, de los cuales unos son fuegos, como el sol, otros son aguas, como la luna y la tierra, no procede del hecho de que constan de un elemento simple, sino de que aquél predomina en tal composición"]. Cfr. la traducción de Ángel J. Cappelletti en *op. cit.*, p. 180. Cfr. este planteamiento con el de Heráclito, *op. cit.*, pp. 202 y 230.

59 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, pp. 442-443, 464-465 y 523-524; *La Cena de le Ceneri*, cit., pp. 107 y 163. También desde el punto de vista astrológico, los aspectos de los planetas se rigen por el principio de los contrarios, y su influencia sobre el hombre es buena y mala, útil e inútil; por ejemplo, Venus representa el amor y la paz, y Marte simboliza el odio y la guerra. Cfr. G. Bruno, *De rerum principiis, elementis et causis*, cit., III, pp. 541-544 y 549-550; *Lampas triginta statuarum*, cit., III, p. 87: "(...) enim significata amicitia [Veneris] et lis significata per Martem rerum sunt principia, quia ex contrariis concurrentibus in unum et quodammodo concordantibus virtute animae subsistentia naturalia constituuntur". ["(...) en efecto, [Venus] significa amistad y Marte guerra y ambos constituyen los principios de las cosas, porque de la coincidencia de los contrarios y de los que viven en armonía por la virtud del alma, se constituyen las subsistencias naturales"]. Sobre la influencia de los planetas en el hombre y su relación con la magia, véase G. Bruno, *De imaginum compositione*, cit., II, 3, liber I, pp. 102-103.

dad de los contrarios gobierna el principio de animación en el universo y manifiesta su armonía móvil.

Bruno<sup>60</sup> no admite el orden de los cuatro elementos de la cosmología tradicional, entre otros motivos porque si cada elemento ocupara un lugar determinado, no habría elementos opuestos. Todo tiende a conservar su propio ser, pero a través de la asimilación gradual entre elementos contrarios; por ejemplo, el fuego trata de seducir al agua. La naturaleza actúa por antiperístasis: un elemento contrario excita, por su oposición, a otro contrario. En un universo infinito, sin centro único o con centro en cualquier parte, no tiene sentido afirmar que hay un orden de los elementos según su mayor o menor peso o que existen partes más o menos graves y más o menos leves. Lo pesado y lo leve son determinaciones contrarias que coinciden en el espacio infinito. Lo grave es a la vez leve en el infinito. La ubicación y el peso de planetas y estrellas son realidades relativas al todo cósmico, y cada punto vital que las constituye se relaciona con el centro de la circunferencia de su determinado mundo, cambiando de lugar y orden, transformándose según la vicisitud universal. Entre lo que está arriba y lo que está abajo, entre la gravedad y la levedad, se produce la alternancia de los contrarios. Lo grave es lo que se mueve hacia el centro de la circunferencia de un mundo concreto, y lo leve es lo que se mueve hacia el lugar opuesto. Este movimiento se produce por el principio intrínseco o instinto animal que rige cada punto vital en el cosmos, instinto que no es más que el anhelo de conservarse en su ser actual y huir de lo contrario<sup>61</sup>. “Porque todo movimiento natural,

60 G. Bruno, *De imaginum compositione*, cit., II, 3, liber I, pp. 110-111; *De immenso et innumerabilibus*, cit., I, 2, liber IV, pp. 14-15; *De magia*, cit., III, p. 416.

61 Cfr. G. Bruno, *Camoeracensis acrotismus*, cit., I, 1, p. 177; *De immenso et innumerabilibus*, cit., I, 1, liber II, p. 263; I, 2, liber VII, pp. 267-268; *De l'infinito, universo e mondi*, cit., pp. 520-521. Según Bruno (*op. cit.*, pp. 427-428 y 493), uno de los argumentos que esgrimen los partidarios de un universo finito es el de que si el universo fuera infinito y hubiera infinitos mundos, una parte terrestre se movería infinitamente hacia otra tierra semejante con un movimiento y un peso infinitos. Sin embargo, las partes terrestres no se mueven continuamente hacia el infinito ni tienen una fuerza y gravedad infinitas que las dirijan hacia otra tierra infinitamente alejada, porque si hicieran un recorrido infinito serían destruidas por sus partes contrarias. De un contrario infinito y de otro finito, y de dos contrarios infinitos, se sigue un cambio y un proceder que son siempre finitos; entre los contrarios, la magnitud y la cantidad de materia son infinitas, pero en cada modo del ser infinito la acción es finita. Bruno se ocupa de la Física de Aristóteles en *Figuratio aristotelici physici auditus*, (Paris, 1586), cit., I, 4, pp. 133-221 y en *Camoeracensis acrotismus*, (Vitebergae, 1588), cit., I, 1, pp. 55-189. En la dedicatoria de la *Figuratio* (pp. 133-135) explica las razones por las que escribe esta obra. En el *Camoeracensis*, discute todos los principios de la física aristotélica; primero, la afirmación de que la física sólo puede estudiar la esencia inmutable y eterna de la naturaleza (pp. 83-84); segundo, el hecho de no aceptar en la naturaleza la existencia de la monstruosidad, el azar y la fortuna (pp. 108-111); tercero, la finitud espacial del universo (p. 122); cuarto, los conceptos de lugar (p.123) y tiempo (p. 143). Según F. Tocco (*Le opere latine di Giordano Bruno esposte e confrontate con le italiane*, Le Monnier, Firenze, 1889, pp. 104-118), la síntesis bruniana de la Física de Aristóteles es muy rigurosa, incluso con los argumentos aristotélicos contra la infinitud del uni-



que es por principio intrínseco, no existe sino para escapar de lo inconveniente y contrario y para seguir a lo amigable y conveniente. Nada, sin embargo, se mueve de su lugar, si no es rechazado por su contrario; nada en su lugar es grave ni leve;...”<sup>62</sup>.

En definitiva, el ciclo vital del universo se rige por innumerables oposiciones, cuya unidad es en el primer principio de los contrarios y no en sus constituyentes particulares. Esta unidad conduce necesariamente a la indistinción de los contrarios en el universo animado. Esta indistinción se manifiesta en el movimiento opuesto y complementario de estrellas y planetas que permite el intercambio vital entre ambos, en los cuatro elementos y su asimilación gradual en un espacio indeterminado, y en la relatividad de lo grave y de lo leve en el ser y la naturaleza uniforme del universo infinito.

### 3. LA VICISITUD Y EL HOMBRE

En el *De la causa*<sup>63</sup>, y a propósito de la distinción metafísica entre lo divino o cósmico y lo que acontece en el universo, es decir, entre eternidad y vicisitud, entiende ésta como principio universal de igualdad de todo destino y fortuna sometidos a la ley del tiempo. El tiempo actúa sobre el destino de todas las cosas del universo que se hallan sometidas a la ley de la vicisitud universal. Pero el tiempo y su uniformidad no pueden intervenir sobre la mismidad de la materia infinita<sup>64</sup>. A la luz de este concepto de materia infinita del *De la causa*, en el *Spaccio* y en la *Cabala* se plantea la vicisitud desde la óptica de la existencia

verso, a los que Bruno siempre fue hostil. Se trata de un compendio que, con algunos retoques, podría ser útil en la actualidad, ya que el conocimiento de Bruno de las obras de Aristóteles era profundo y no temía ninguno de los argumentos aristotélicos.

62 G. Bruno, *op. cit.*, p. 522: “Perché ogni moto naturale, che è da principio instrinseco, non è se non per fuggir il disconveniente e contrario e seguitare l’amico e conveniente. Però niente si muove dal suo loco, se non discacciato dal contrario; niente nel suo loco è grave né lieve;...”. Cfr. la traducción de Ángel J. Cappelletti en *op. cit.*, p. 178. Para Bruno (*Cabala del caballo Pegaseo*, cit., p. 841; *De gli eroici furori*, cit., p. 1089; *De l’infinito, universo e mondi*, cit., pp. 480-481 y 491), el movimiento circular y el rectilíneo se producen de un contrario a otro, de un cuerpo semejante a otro opuesto, para que los contrarios no se desintegren. La armonía del movimiento circular y rectilíneo pende del instinto vital de cada uno de los innumerables mundos. Pero en el movimiento circular de la rueda del tiempo, movimiento y reposo coinciden.

63 G. Bruno, *De la causa, principio e uno*, cit., pp. 188-190. En la *Proemiale epistola*, se alude al tema de la vicisitud, y a él se referirá en muchas ocasiones, como, por ejemplo, en los *Libri physicorum Aristotelis explanati*, cit., III, p. 338.

64 Cfr. G. Bruno, *De la causa, principio e uno*, cit., pp. 303, 307 y 324. En una de las últimas obras latinas de Bruno (*Lampas triginta statuarum*, cit., III, pp. 32-37), la vicisitud se relaciona con el tema de la sombra, generadora y destructora de toda cosa, ya que en su interior produce innumerables cosas que, a su vez, consume y engulle.

humana. En el *Spaccio*, las formas de vida, la responsabilidad y el esfuerzo individual se relacionan con la naturaleza, el destino corpóreo y la fortuna universal. La reforma moral universal de las instituciones se somete a la vicisitud de todas las cosas. El objetivo de la filosofía moral de Bruno es dirigir la rueda de la vicisitud universal hacia lo más alto, a la reforma de la cultura de una sociedad perdida en la noche y en la oscuridad de la decadencia y la crisis. Los signos de la mutación revelan que se acerca el momento de eliminar los vicios y sustituirlos por virtudes. La metamorfosis como perenne devenir rige toda la realidad y se vincula a la búsqueda de un medio correcto entre lo humano y lo divino que, en este diálogo, es de naturaleza civil, mientras que en el *De gli eroici furori* sólo el amor heroico del filósofo es capaz de una contemplación solitaria de la divinidad. En ambos diálogos, la realidad se concibe al amparo de la mutación y metamorfosis permanente de todas las cosas.

Ya en el *Candelaio* (1582)<sup>65</sup> afirma el principio de la vicisitud universal como regente del movimiento infinito de la rueda del tiempo que explica la llegada de una nueva luz tras la oscuridad de su época<sup>66</sup>. En el *Spaccio*, el destino de la mutación universal subyace en la relación del hombre con la divinidad y explica la posibilidad y la necesidad de la presencia divina en el hombre, constituyendo un nivel simbólico entre la verdad divina y la verdad humana, entre la coincidencia de necesidad y de libertad y contingencia. Este destino universal desemboca en la esfera de la fortuna y en la realización absoluta de sus decretos que circundan la acción humana. El hombre debe adaptarse a su mundo y al proceder del destino y su condición absoluta, y si no infringe su cumplimiento alcanzará la divinidad, comprendiendo que la convergencia de lo divino y necesario en el hombre y su libertad no sólo es encomendada a sus fuerzas y capacidades cognitivas, sino que también depende de la voluntad divina. La libertad se vincula a la confrontación entre virtud y fortuna que incluye una reflexión sobre las ocupaciones y elecciones inútiles, vacías y ociosas a las que se dedican los hombres. Frente a la necesidad de leyes irreversibles, la libertad capacita al hombre para cumplir en potencia cualquier operación.

65 G. Bruno, *Candelaio*, ed. G. Bàrberi Squarotti, Giulio Einaudi editore, Torino, 2000, p. 22.

66 El Bruno incrédulo que presumía de no profesar religión alguna –aunque confió en la indulgencia del Papa Clemente VIII–, nació en un siglo creyente con la huella de la escolástica, pero también fue un siglo que buscó el reflejo de la divinidad en cada cosa. Véase, en este sentido, D. Quagliani, *Il Bruno di Luigi Firpo*, en AA.VV., *Giordano Bruno. Note filologiche e storiografiche*, Olschki, Firenze, 1996, p. 52. Por lo que se refiere al *Candelaio* y a las relaciones entre literatura y filosofía, cfr. P. Sabbatino, *Giordano Bruno e la “mutazione” del Rinascimento*, Olschki, Firenze, 1998, pp. 7-8, 17, 23-25, 34-36, 39-42, 51-52, 54-57, 66-67 y 80-81. En relación con el lenguaje utilizado en el *Candelaio* y en el *Spaccio*, la *Cabala* y los *Furori*, y la reforma ética y religiosa que propone Bruno en estas obras, véase G. Bàrberi Squarotti, *Parodia e pensiero: Giordano Bruno*, Greco Editori, Milano, 1997, pp. 31-175.

En el universo complejo de Bruno, regido por el principio de relatividad y constituido por un laberinto de diferencias, el hombre puede orientarse por su capacidad de sacrificio y esfuerzo. La sagacidad, las ciencias procedentes del trabajo humano, la humildad, la predisposición al esfuerzo, son cualidades que simbolizan la sabiduría. El esfuerzo es fundamental para la adquisición del saber y la construcción de la civilización. La orientación en los laberintos del conocimiento y la formación de la civilización requieren humildad, tolerancia, predisposición al sacrificio y al esfuerzo. La verdad sólo puede ser alcanzada por el esfuerzo y por la constancia y continuo empeño en la investigación. Estos aspectos positivos del esfuerzo permitirán llegar a la eterna luz del día, a pesar de los múltiples obstáculos que impiden salir de las tinieblas. El esfuerzo es el modelo positivo para concretar el proceso de divinización del hombre que lucha contra las dificultades que impiden su aventura del conocimiento, cuyo fin es la parte alta de la rueda de la metamorfosis. Sólo el hombre es responsable de su destino, de saber vivir con dignidad y de utilizar sus capacidades naturales<sup>67</sup>.

La tierra es el espacio en que se manifiesta la condición miserable de los hombres y de la historia, cuya reforma tendrá lugar cuando se inicie un nuevo ciclo según la ley de la vicisitud universal. La decadencia del saber, de la civilización y de la historia se comprende en la concepción vicisitudinaria de la filosofía y sus ciclos de alternancia de sabiduría e ignorancia, de luz y tinieblas; “il fato ha ordinata la vicissitudine delle tenebre e la luce”<sup>68</sup>. El proceso de la homogeneidad de la realidad en el ciclo de la vicisitud se explica por la sucesión de renovación y decadencia, sabiduría e ignorancia, juventud y vejez del mundo. Junto al entusiasmo y pasión de Bruno por un nuevo mundo y por la renovación del hombre, se halla la decepción y la visión de su tiempo histórico como el momento de máxima decadencia, que puede corregirse si el hombre extiende sus manos hacia el árbol del conocimiento, y si asume el dolor y el esfuerzo como condiciones de

67 Cfr. *Spaccio de la bestia trionfante*, cit., pp. 571-645, 685, 690-696, 712-713 y 715-718; A. Ingegno, *La sommersa nave della religione. Studio sulla polemica anticristiana del Bruno*, Bibliopolis, Napoli, 1985, pp. 36-38 y 67-79; N. Ordine, *La cabala dell'asino. Asinità e conoscenza in Giordano Bruno*, con una Prefazione di Eugenio Garin, Liguori editore, Napoli, 1996, pp. 51-55 y 75-78. Ordine reconstruye la imagen simbólica del asno por la literatura clásica (pp. 118-141), y considera que su ambigüedad representa la *coincidentia oppositorum* de un modo óptimo, sobre todo mediante tres grandes parejas opuestas: *benefico/demoniaco*, *potente/umile*, *sapiente/ignorante* (p. 17). La correspondencia entre el universo infinito y los procesos infinitos del saber se revela en el valor positivo y negativo de la *asinità*, y la unión de cosmología y gnoseología genera inagotables interferencias recíprocas (p. 143).

68 G. Bruno, *op. cit.*, p. 778. Las contraposiciones alto/bajo, bestialidad divina/bestialidad humana, funda la estructura dicotómica de la realidad. Un ejemplo perfecto es el uso ambiguo de Pobreza y Riqueza en *op. cit.*, p. 677. Tanto en el *Spaccio* como en la *Cabala*, la *asinità* prevalece entre los hombres (bajo) y es la bestia triunfante que hay que desterrar, pero también encuentra su lugar positivo entre las estrellas (alto). Cfr. G. Bruno, *Cabala del cavallo Pegaseo*, cit., p. 873; N. Ordine, *op. cit.*, pp. 41-42.

su existencia<sup>69</sup>. En la época de Bruno existen todas las condiciones para la llegada del día de la justicia, que se concretará en el cumplimiento del juicio y por la acción de la fuerza y del esfuerzo, cuya tendencia al bien impedirá la expansión del delito entre los hombres y consolidará su dimensión heroica.

En el *De immenso*, hará hincapié en el deterioro de su mundo que se hunde por la labor de la decadencia, siendo ésta el tema central de la *Cabala* desde el punto de vista filosófico, científico y religioso<sup>70</sup>. En la *Cabala*, y de acuerdo con el *De la causa*, el principio corporal y el principio espiritual son homogéneos en toda la realidad cósmica, y ninguno de los dos predomina sobre el otro. En este diálogo, la vicisitud universal es planteada en términos naturales, y el eficiente universal determina el ritmo permanente de transformaciones. La virtud se relaciona y delimita con las determinaciones de las sucesivas metamorfosis del ciclo vicisitudinario universal que coincide con la providencia y la razón universal. Afirmando la homogeneidad del principio corporal y espiritual, lo que cambia es sólo la mirada hacia las transformaciones de los cuerpos. La singularidad corpórea del hombre permite su elevación a la divinidad. Esta superioridad del hombre se concreta en la capacidad natural de los órganos de su cuerpo para realizar operaciones y alcanzar objetivos prohibidos a otras especies. El hombre posee el *organo de gli organi*, la mano con la que puede dominar a cualquier especie. La metáfora de las manos reproduce el proceso móvil del conocimiento. Para entender es necesario moverse, y mover las manos. El “continuo estudio de la filosofía” pone en nuestras manos “el firme timón” para navegar seguros sobre la turbulenta realidad. Hay que ir más allá de la superficie de las cosas, porque a menudo las apariencias nos engañan. Mediante su capacidad natural de saber utilizar con armonía la inteligencia y potencialidad corpórea, el hombre llegará a ser *dio de la terra*, y en el tránsito de la naturaleza a la cultura superará su condición de bestia y dominará el ciclo natural sometándose a sus exigencias<sup>71</sup>. En

69 Cfr. G. Bruno, *De gli eroici furori*, cit., pp. 1116-1117; *Spaccio de la bestia trionfante*, cit., pp. 731, 733 y 746-747; N. Ordine, *op. cit.*, pp. 60-61. El Ocio acusa al esfuerzo de ser el responsable de introducir el tuyo y el mío (Bruno, *op. cit.*, pp. 726-729).

70 Cfr. G. Bruno, *De immenso et innumerabilibus*, cit., I, 2, liber VI, p. 172. Los diálogos italianos se imprimen en Londres por John Charlewood en 1584 (los cuatro primeros: *La Cena*, *De la causa*, *De l'infinito*, *Spaccio*) y en 1585 (los dos últimos: *Cabala*, *De gli eroici furori*); los tres poemas latinos (*De minimo*, *De monade*, *De immenso*) se editan en Frankfurt por Johannes Wechel en 1591. El tema de los diálogos es de carácter cosmológico-moral, y el de los poemas de carácter cosmológico-matemático. El *De immenso* y los diálogos cosmológicos (los tres primeros) tienen cierta afinidad temática, y los diálogos morales se anticipan en algunos aspectos a la concepción atomista del *De minimo*. Sobre este tema y la adopción de la lengua vulgar en los diálogos italianos, véase G. Aquilecchia, *I Dialoghi italiani (varietà di varianti)*, en AA.VV., *Giordano Bruno. Note filologiche e storiografiche*, cit., 1996, p. 25-27.

71 Cfr. G. Bruno, *Cabala del cavallo Pegaseo*, cit., pp. 887-890; *Spaccio de la bestia trionfante*, cit., pp. 732-733; M. Ciliberto, *Umbra profunda. Note filologiche e storiografiche*, cit., pp. 279-283; N. Ordine, *op. cit.*, pp. 44-46 y 112-113. También en el *De monade* (*De monade*,

virtud de la libertad dada al hombre, éste se aproxima gradualmente a la divinidad y se hace dios en la tierra por el uso de sus manos e intelecto. La libertad no sólo reside en la estructura corpórea del hombre sino también en sus acciones intelectuales unidas a su destino ineludible. La estructura y el destino del hombre no se reconocen en su estado originario de animalidad, del que debe salir para manifestar su superioridad respecto de los animales por medio de las virtudes intelectuales que expresan su necesidad de libertad.

En el diálogo II de la *Cabala*, Onorio (el asno aristotélico) explica el proceso de metempsicosis de su alma a Sebasto y Coribante como disposición divina y no como opinión personal. Después de su primer fallecimiento y en virtud de su astucia, Onorio conserva su memoria. Este destino de la reencarnación humana no es la condición de la felicidad transcendental ni es fruto de una fortuna ciega sino de una reformada experiencia de acuerdo con el acto de la inteligencia humana<sup>72</sup>. La metempsicosis está íntimamente unida a la vicisitud y revolución de las diferentes formas de la materia, y es una de las consecuencias fundamentales de la concepción de la materia como vida infinita. El alma individual está como el piloto en la nave, y Bruno afirma su inmortalidad más allá del armazón teológico cristiano. Debido a que el espíritu es único, no existen diferencias entre cosas inanimadas, animales y hombres; las distinciones se originan en el instante en que el espíritu se une a diversas especies corporales, unión que depende de la anterior vida que será juzgada por Dios. En el momento en que se produce una transmigración, el alma recuerda las imágenes obtenidas en su vida corporal pasada y puede llegar a distinguir lo verdadero de lo falso y conservar las verdades inteligibles frente a las sensibles; la memoria permite la consideración y el conocimiento verdadero, esencial y substancial del alma.

En *De gli eroici furori*, a la luz de una filosofía del infinito, el hombre es un ente finito de la escala de la naturaleza que debe comprender, más allá de su limitación constitutiva, el universo infinito y su causa absoluta. En este diálogo, considera que la verdad se halla en el ritmo vicisitudinario de luz y tinieblas, y se oculta o se desvela al conocimiento humano más allá de las jerarquías tradicionales del saber. La naturaleza de la verdad se revela en el infinito y en la identidad de mínimo y máximo, de centro y circunferencia, en la unidad absoluta. En los *Furori* matiza el significado circular de la vicisitud y de la compleja mutación uni-

*numero et figura*, en Jordani Bruni Nolani, *Opera latine conscripta*, cit., pp. 329 y 331) Bruno hará hincapié en la importancia de la mano.

72 Cfr. G. Bruno, *Cabala del caballo Pegaseo*, cit., pp. 882-910; *Spaccio de la bestia trionfante*, cit., pp. 558-559; M. Ciliberto, *Introduzione a Bruno*, cit., p.89. Después de la muerte de Onorio en la tierra como simple asno, transmigrará en los hombres, regresando al cielo como asno pegaseo. Sobre la expresión utilizada en el primer texto de la *Cabala* (*sempre tenendomi*) y la que aparece en el texto definitivo (*sempre fui destinato*, op. cit., p. 899; *Oeuvres completes*, cit., VI, p. 121), cfr. G. Aquilecchia, op. cit., pp. 30-32.

versal. La necesidad de la mutación y de la constante vicisitud del todo es fundamental en la relación del hombre con la fortuna. El curso de la rueda de la mutación y de las metamorfosis puede estar condicionado por la fortuna, pero se encuentra sometido a su relación móvil con la realidad, cuyo momento idóneo sólo se obtiene mediante una actitud laboriosa. Agotado el sentido de la civilización de su época, que ha alcanzado el extremo del desprestigio, Bruno propone, al amparo de la infinita vicisitud, una nueva época de luz, cuyo protagonista es el furioso heroico situado en uno de los innumerables mundos, y no en el centro del universo o en una periferia determinada, y formando parte de la unidad, de la divinidad. El hombre se constituye en un hombre-dios en virtud de su amor heroico -que tiende al sumo bien- y de la inclinación de su intelecto hacia la verdad absoluta. La fuerza de la vicisitud señala el camino de las tinieblas a la luz, como lo demuestra el orden natural en su movimiento constante y continuo de contrarios que va de lo óptimo, del esplendor de las ciencias y de la divinidad, a lo pésimo, y viceversa. Bruno vaticina la llegada de una nueva filosofía fundamentada en la contemplación de la naturaleza y en la presencia eterna de la luz divina. Esta reforma del mundo es paralela a la reforma interior del intelecto y de la voluntad del hombre que contrae en sí la divinidad, buscándola en sí mismo y no en las cosas externas, porque la morada de Dios es el hombre<sup>73</sup>.

Los dos extremos de la vicisitud universal y de la rueda de la mutación son las tinieblas y la luz. Las tinieblas representan la tragedia del presente, el fin del siglo, el agotamiento de la civilización. Copérnico es la aurora; y la luz, más allá de Copérnico, viene representada por la nueva filosofía de la naturaleza de Bruno que ha dirigido su intelecto hacia la comprensión de lo absoluto en su inmensa infinitud. Bruno es consciente de su ruptura violenta con el universo aristotélico, de su innovación filosófica que destruye la prisión que separa al hombre de la infinitud y de su necesidad de libertad. La verdad cosmológica antigua se extravió porque las hipótesis matemáticas se justificaron en un ámbito físico dotado de efectiva realidad, en lugar de limitar su legitimación a fines cuantitativos. El resultado fue un cosmos finito, cerrado, constituido por esferas concéntricas que se consolidó mediante la generación y el desarrollo de nuevos errores. La transformación de hipótesis astronómicas en realidades físicas produjo la creencia en entidades imaginarias que asumieron la categoría de divinidad y de guía para los movimientos de los astros<sup>74</sup>. Bruno aprecia la genialidad y el trabajo de Copérnico, pero considera imprescindible ir más allá de la teoría copernicana porque una concepción matemática de la naturaleza es incapaz de tradu-

73 Cfr. G. Bruno, *De gli eroici furori*, cit., pp. 937, 1003-1004, 1008 y 1072-1075. Sobre este diálogo, véase P. Sabbatino, *op. cit.*, pp. 9-11, 86-107 y 113-186.

74 Cfr. G. Bruno, *De inmenso et innumerabilibus*, cit., I, 2, liber VI, pp. 171-172 y 195-197; A. Ingegno, *Regia pazzia. Bruno lettore di Calvino*, cit., pp. 98-101.

cir la complejidad de los hechos con los que trabaja, limitándose a la superficie de lo real. El matemático realiza una lectura descriptiva de los fenómenos sin deducir sus consecuencias necesarias ni investigar el sentido profundo de las cosas. A pesar de que en el heliocentrismo de Copérnico la tierra posee el mismo rango que los otros planetas y astros, el universo sigue siendo finito y cerrado. La concepción cosmológica de Bruno es más radical, ya que propone un espacio infinito ocupado por infinitos sistemas solares semejantes al nuestro. Sin embargo, la astronomía de Copérnico ha permitido nuevos fundamentos para la filosofía en virtud de su dura oposición a la falsedad y la oscuridad de la noche. El hecho de que para Copérnico la tierra se hallara en el mismo plano que cualquier otro planeta, consolidaba la idea de que su vida y movimiento están en relación directa con la acción física del sol concebida como su causa, y debilitaba la función específica de la esfera de las estrellas fijas del cosmos aristotélico. Incluso la ausencia de paralajes de las estrellas fijas -ya que el observador no percibe la diferencia entre su posición aparente y la real-, permite a Copérnico postular una amplitud enorme del cielo respecto de las dimensiones del universo tradicional, en particular la distancia entre la esfera de Saturno y la esfera de las fijas. Este postulado de Copérnico sobre un cosmos “inmenso” es considerado por Bruno una verdad objetiva y demostrada, afirmando la infinitud del cosmos como aquello que está más allá de toda posible medida<sup>75</sup>. Desde esta óptica, la teoría copernicana representa la aurora, el sol matutino respecto del día y del pleno sol. El Cusano (*De docta ignorantia*, 1440) es la primera luz de la aurora de Copérnico (*De revolutionibus*, 1543), y Bruno (*De immenso*, 1591) es la plenitud solar de esta aurora, porque su filosofía es el detonante de la carga revolucionaria del heliocentrismo del *De revolutionibus*, y éste es fruto de la especulación audaz de Copérnico sobre el Cusano<sup>76</sup>. En el universo de Bruno, los des-

75 Cfr. N. Copérnico, *Sobre las revoluciones (de los orbes celestes)*, ed. C. Mínguez Pérez, Tecnos, Madrid, 1987, pp. 22-24. En relación con los cuerpos celestes más alejados de nuestro planeta, cfr. G. Bruno, *op. cit.*, I, 2, liber VII, pp. 264-268.

76 Sobre el significado teórico y las particularidades cosmológicas del heliocentrismo de Copérnico, y acerca de sus consecuencias en la cosmología, astronomía y filosofía del siglo XVI, así como de los fenómenos celestes que aparecieron a partir de 1572 y su relación con las modificaciones de la inmutabilidad y estructura del universo, cfr. Michele-Pierre Lerner, *Tre saggi sulla cosmologia alla fine del Cinquecento*, Bibliopolis, Napoli, 1992, pp. 45-104. Véase, asimismo, A. Ingegno, *Cosmologia e filosofia nel pensiero di Giordano Bruno*, cit., pp. 26-70; *Regia pazzia. Bruno lettore di Calvino*, cit., pp. 103-104; N. Ordine, *op. cit.*, pp. 169-172; P. Sabbatino, *op. cit.*, pp. 201-208. En relación con la opinión que Bruno tiene de Copérnico, cfr. *op. cit.*, I, 1, liber III, pp. 380-389 y 395; *La Cena de le Ceneri*, cit., pp. 11, 27-29, 87-91, 103, 139 y 142. Copérnico y los problemas astronómicos fueron el centro de las lecciones de Bruno en Oxford situadas entre el *Sigillus* y *La Cena*. Su Copérnico no tiene nada que ver con el planteamiento matemático del *De revolutionibus* y con la versión del libro de Copérnico que circulaba por Oxford gracias a Henry Savile. Desde la óptica teológica, bíblica y religiosa, y en el ambiente intelectual de Oxford era inaceptable la astronomía fantástica y el universo infinito de la cosmología de Bruno. Sobre este tema, cfr. M. Ciliberto, *Umbra profunda. Studi su Giordano Bruno*, cit., pp. 256-257. La tesis de

cubrimientos de Copérnico trascienden el cálculo matemático y se abren a nuevos espacios de investigación.

En la concepción geocéntrica, el hombre vive en un mundo corruptible e imperfecto, centro inmóvil de un universo finito. En el heliocentrismo de Copérnico, el hombre habita una tierra periférica que gira en torno al sol, que es el centro de un universo finito, fuente de vida y punto de referencia para el hombre. Pero cualquier concepción finita del cosmos conlleva un sentido erróneo de la relación entre Dios y el mundo o Dios y el hombre. El significado auténtico de esta relación sólo se obtiene atribuyendo la infinitud a la creación, a la criatura divina. Hay que ir más allá de Copérnico, ya que su sistema solar puede ocupar cualquier punto del universo de Bruno, en el que el sol no puede ser el centro porque éste carece de sentido en una realidad infinita. En el universo infinito de Bruno, el hombre habita uno de los innumerables mundos móviles, uno de los infinitos lugares o puntos de vista para observar el cosmos. Todo es relativo a la posición de infinitos observadores, cuya mente guía la búsqueda y el conocimiento de la totalidad en innumerables astros, en el Dios inmanente en que el mismo hombre se halla como una de las infinitas realidades de la unidad absoluta. La estructura jerárquica de la cosmología tradicional es sustituida por una estructura relacional de observadores móviles y de cosas observadas en constante devenir, y ambos sometidos a la vicisitud universal. En el espacio infinito del universo de Bruno, el pensamiento se libera de los límites y de las murallas de la vieja cosmología y filosofía, dirigiéndose hacia el descubrimiento de nuevos horizontes. Al disolver la realidad física de las esferas concéntricas e imaginarias, se alcanza la naturaleza de la divinidad, cuya sede imaginaria no está más allá del límite ficticio del universo tradicional sino en relación con el cosmos infinito<sup>77</sup>. El hallazgo de la verdad y realidad infinita del cosmos permite la revelación de la verdad divina.

#### 4. LA SABIDURÍA Y EL AMOR HEROICO

El hombre y las vicisitudes de la materia se encuentran lejos del equilibrio. El lenguaje de la complejidad del universo es el mismo desde la óptica metafísica y

F. Yates (*Giordano Bruno y la tradición hermética*, Ariel, Barcelona, 1983, pp. 180-184), a pesar de ser esencial para los estudios sobre Bruno, se limita en exceso al hermetismo y abandona otras perspectivas fundamentales para alumbrar temas y problemas de la filosofía de Bruno. No se puede justificar su afirmación de que Bruno hace retroceder a un estadio precientífico la obra científica de Copérnico. Sobre el peso que ha tenido en el progreso de la ciencia la descripción poética del universo de algunos filósofos, cfr. Paul-Henri Michel, *La cosmologie de Giordano Bruno*, Hermann, Paris, 1962, pp. 47 y 327-328.

<sup>77</sup> Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, pp. 30-35.



cosmológica. Todo cuanto existe está sometido a idéntica vicisitud, de suerte que todos los ámbitos del saber, en su vertiente humana y natural, se constituyen en un espacio unitario. El destino de la complejidad del universo, que debe ser traducida por el conocimiento, es un interminable recorrido hacia el infinito. Tanto los innumerables procesos móviles del universo infinito, cuanto el progreso del conocimiento no tienen fin. Se establece así una imagen unitaria de la naturaleza, ya que al igual que la materia busca sin cesar una forma definida, el hombre pretende hallar una verdad eterna y absoluta. El hombre mantiene una tensión constante hacia la totalidad que permite romper el mecanismo de la quietud y penetrar en la vicisitud existencial del universo, en el que cualquier cosa puede ser conocida. El destino de la materia se asemeja al de la humanidad ya que, por insatisfacción, busca la primera nuevas formas y la segunda nuevas verdades. La continua movilidad rige el interior de la realidad física y cognoscitiva. La insatisfacción entendida como inagotable búsqueda se opone a la actitud satisfactoria de un universo cerrado y estancado<sup>78</sup>.

La concepción de la variedad expresa una visión del mundo, en que la mutación agita sin cesar a la naturaleza y a los hombres. A la razón le corresponde captar la armonía en la diferencia y la concordia en la multiplicidad. Mediante el uso equilibrado de todos los instrumentos del saber (Aritmética, Geometría, Música, Lógica, Poesía, Astrología, Física, Metafísica, Ética), el hombre puede orientarse en el complejo universo del conocimiento y alcanzar su unidad. Para recorrer el difícil camino del conocimiento son necesarias la razón, la ciencia y la sabiduría. Como la verdad no habita en lugares comunes, son indispensables la constancia, el esfuerzo y la humildad para llegar a ella. El camino hacia la sabiduría tiene senderos tortuosos que exigen dolor y esfuerzo para el que decide recorrerlos<sup>79</sup>. Para entender las transformaciones de la realidad y adaptarse a ellas hay que atravesar los opuestos. Sólo la mutación y la metamorfosis garantizan la victoria. Mediante el uso de la razón, los hombres divinos deben comprender los elementos significativos de la naturaleza y las leyes de la mutación y de la vicisitud de los contrarios que manifiestan las diferencias ineludibles en el universal proyecto de los opuestos. En la naturaleza, cada cosa, por mínima que sea, tiene su precisa función. Cada hombre es relevante para el equilibrio imparcial del cosmos que sólo se rompe cuando no se respetan las diferencias que subyacen en la ley universal de la vicisitud. Todos los hombres se hallan en idéntica condición de igualdad, pero sólo los heroicos podrán destacar de entre la multitud. La bús-

78 Cfr. G. Bruno, *De gli eroici furori*, cit., p. 975; *De immenso et innumerabilibus*, cit., I, 1, Liber I, pp. 203-204; N. Ordine, *op. cit.*, pp. 90 y 174.

79 Cfr. G. Bruno, *De gli eroici furori*, cit., pp. 1120-1122; *Oratio valedictoria*, en Jordani Bruni Nolani, *Opera latine conscripta*, cit., I, 1, pp. 21-22; *Spaccio de la bestia trionfante*, cit., pp. 620-621, 647-648 y 701-702.

queda inagotable del saber es un camino que conlleva continuo movimiento e incesante insatisfacción, porque cuando el incansable héroe cree haberlo recorrido, descubre otros sentidos y verdades que deben ser indagados. Se trata de la conquista laboriosa del conocimiento, cuya tensión hacia la totalidad es inevitable<sup>80</sup>.

El sabio conoce el término medio de los contrarios y los reduce al mínimo y a unidad. Situado en el límite de los contrarios para comprender las infinitas imágenes de la unidad, su contemplación de la vicisitud universal transcurre del mal al bien y del bien al mal. Es la visión del ciclo universal de la alternancia de los contrarios<sup>81</sup>. El sabio comprende la mutación vicisitudinaria de cada cosa y el carácter universal del ritmo circular de la realidad, y reivindica el esfuerzo y el mérito frente al insensato e ignorante que se encomienda a la fortuna y se detiene en el caos de la particularidad, dejándose turbar por los hechos fortuitos. La única verdad eterna es la relación entre la unidad y la multiplicidad, la necesidad y la libertad. En el torbellino y la fluidez de un universo agitado sin cesar, la única salvación es el saber configurado en su estatuto de estabilidad. El conocimiento de las leyes de la naturaleza es el punto firme y el instrumento seguro que el sabio utiliza en el torbellino de la diversidad. Por el contrario, los hombres que vegetan en las tinieblas de la ignorancia son arrastrados por la vorágine de la realidad. Son los naufragos de un universo finito y un saber limitado, condenados a ser engullidos por el fluir de lo real. Frente a este inmovilismo, la búsqueda incesante de la verdad puede conducir al sabio, guiado por el conocimiento de las leyes de la naturaleza, a la visión de un universo infinito. El sabio se dirige hacia la divinidad interpretando la producción infinita de la materia universal por el ritmo eterno de las metamorfosis<sup>82</sup>, y comprendiendo la ley del tiempo que genera y destruye cada cosa y que se identifica con la serie universal de las mutaciones. El sabio se hace *dio de la terra* dirigiendo su contemplación de la vicisitud hacia la renovación del mundo y valorando el esfuerzo y la virtud por encima de la igualdad de todo destino establecida por la vicisitud universal.

La felicidad y la moralidad del sabio están más allá del dolor y del temor, de la esperanza y del placer, pero más acá de la ley de la vicisitud. Ésta es el objeto

80 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, pp. 622, 652-653 y 772-773; N. Badaloni, *op. cit.*, pp. 216-217; N. Ordine, *op. cit.*, pp. 104-105 y 107.

81 Cfr. G. Bruno, *De l'infinito, universo e mondi*, cit., pp. 359-361. Respecto a la diferencia que aquí se expone entre sabio y furioso y acerca de los motivos autobiográficos de la experiencia del furioso, véase M. Ciliberto, *Introduzione a Bruno*, cit., pp. 99-103; *Umbra profunda. Studi su Giordano Bruno*, cit., pp. 59-60, 84-86, 169-172, 200-201, 214-217 y 220-222.

82 Cfr. G. Bruno, *Spaccio de la bestia trionfante*, cit., pp. 618 y 782-783; N. Badaloni, *op. cit.*, p. 174; N. Ordine, *op. cit.*, pp. 97-98. El ritmo infinito de metamorfosis de la materia eterna es el fundamento de la metempsicosis como constitución interna del hombre y del rechazo del Infierno, Purgatorio y Paraíso.

de la sabiduría humana, que la alcanza si se deja iluminar y abandona la oscuridad. En el *Spaccio*, la concepción del hombre *-dio de la terra-*, se sitúa en el punto de vista de la contracción universal, de la unidad cósmica. La visión prudente y equilibrada del sabio se limita al ritmo vicisitudinario del bien y del mal, a la unidad e igualdad de todos los contrarios por la transmutación de cada cosa en todas. El sabio contempla cómo todo es vanidad en el ciclo de la mutación universal. Las ciencias, las filosofías y religiones también se hallan sometidas al ritmo vicisitudinario universal, más allá del cual la verdad absoluta ilumina la humanidad al amparo de la eternidad, haciendo responsable al intelecto humano –subyugado por la vicisitud– de la búsqueda laboriosa de lo absoluto, donde reside la más alta felicidad y se descubre que todo es vanidad. La sabiduría es ajena a la privación del conocimiento sobre la ley de la naturaleza y a la pasividad respecto de lo absoluto. Bruno combate la explicación deteriorada de la divinidad que invierte su voluntad y palabra, enmascarándolas con engaños. El objeto de la sabiduría es el nivel intermedio de la contracción divina y el desarrollo cósmico en los momentos de su producción<sup>83</sup>.

En los *Furori*, la sabiduría se sitúa en los extremos de la contracción y su fin es la unidad divina, el más elevado que pueda proponerse el hombre, cuyas potencias cognoscitivas se hallan en el inicio del camino de la divinidad, adquiriendo un inmediato valor cósmico. Se trata de construir un vínculo entre lo humano y lo absoluto que nos dirija a la coincidencia entre los extremos del ser, entre el acto puro y la potencia pura, y nos permita comprender la potencia infinita del movimiento de los contrarios. El sabio mira y se halla en la verdad pero en su contemplación de la vicisitud. El furioso, más allá del límite de la vicisitud, busca la unión de los contrarios y fuerza al máximo la ley de la realidad. Desde la sabiduría hasta la experiencia heroica del furioso hay un largo y difícil camino, cuyo horizonte es el sentimiento trágico del tránsito de cualquier ser, incluido el del furioso, que sabe que su experiencia es única e irrepetible en la ley de la vicisitud eterna. La experiencia vital e intelectual del furioso<sup>84</sup> fuerza la oposición al máximo, situándose en uno de los extremos de los contrarios. Esta singularidad nada tiene que ver con la igualdad y la uniformidad. Alma y cuerpo, intelecto y voluntad, se involucran en la aprehensión de la unidad, intentando consumir la distancia entre Dios y el hombre, lo infinito y lo finito. El furioso no controla la pasión ya que se vincula al amor, con el fin de ascender a la verdad y a la felicidad absolutas. La elección del furioso es la contrariedad, la unidad, la expansión de la pasión, el vínculo del amor, para alcanzar la verdad absoluta –escondida y profunda–, la eternidad, más allá del tiempo y de la diversidad. Así como sin

83 Cfr. G. Bruno, *Sigillus sigillorum*, II, 2, pp. 172-174; *Spaccio de la bestia trionfante*, cit., pp. 646-647 y 878.

84 Cfr. G. Bruno, *De gli eroici furori*, cit., p. 1125.

injusticia y sin maldad no es posible el desarrollo de las civilizaciones<sup>85</sup>, del mismo modo sin la pasión y el amor no se llega a la absoluta felicidad.

Sumergida en el proceso de la materia infinita, la experiencia del furor heroico se halla en íntima relación con la realidad de los contrarios. El furioso fuerza al máximo la estructura del orden del mundo o los contrarios, para contemplar la unidad mediante su visión del universo infinito y más allá de todo número y distinción, de toda pluralidad. Por el vínculo del amor, el furioso se comunica con lo absoluto en el ritmo infinito e inagotable de la vicisitud por el que, a su vez, se relaciona la divinidad con el hombre<sup>86</sup>. El furioso es un elegido de los dioses, y su experiencia de la unidad es fruto del amor y de la prodigalidad divina que posibilita su vivencia extraordinaria y única, transformándolo en el objeto de su deseo. En *De gli eroici furori*, el furioso se dirige de los instantes del tiempo al instante de la eternidad, y contempla la absoluta verdad y unidad, el origen de toda mutación, comprendiendo la auténtica realidad de la dimensión infinita.

Lo absoluto y todo lo que está más allá del tiempo y de la vicisitud no se pueden conocer sólo por el intelecto sino que es necesario el amor que desvela la causa, el principio y el uno, y alcanza la más elevada contemplación<sup>87</sup>. La experiencia temporal y mental del furioso por los infinitos mundos se dirige hacia la búsqueda de la verdad absoluta. Por la contemplación natural, el furioso busca lo absoluto, y en virtud de esta búsqueda, la emanación luminosa y continua de lo divino hace posible la elevación y transformación del hombre heroico en Dios.

MONTSERRAT BARTOLOMÉ LUISES

85 Cfr. G. Bruno, *Spaccio de la bestia trionfante*, cit., pp. 732-733.

86 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, pp. 780 y 783. Sobre el furioso, véase *De gli eroici furori*, cit., pp. 969, 997-998, 1003, 1040, 1060-1062, 1102, 1112, 1116, 1135-1136 y 1155-1158.

87 Cfr. G. Bruno, *op. cit.*, pp. 968, 1006 y 1008-1009; *De la causa, principio e uno*, cit., p. 190.